



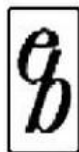
el cadáver de las trece

peter debry



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



PETER DEBRY

EL CADAVER DE LAS TRECE

Colección PUNTO ROJO n.º 392
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 32.342 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1969

© PETER DEBRY - 1969

sobre la parte literaria

© DESILO - 1969

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
1.127. — Ella y los brutos.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.001. — Damas de la mafia.
- En Colección BUFALO:
818. — Un juez expeditivo.
- En Colección CALIFORNIA:
623. — Tiros por la culata.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
614. — Legionarios del «Colt».
- En Colección COLORADO:
462. — Telón de plomo.
- En Colección PUNTO ROJO:
373 — Los dedos y la víctima.
- En Colección ASES DEL OESTE:
374. — Kentucky Joe.
- En Colección BRAVO OESTE:
413. — Mercenarios del plomo.
- En Colección KANSAS:
552 — Matón provisional.

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

La noche era primaveral. Por las oscuras avenidas del Bois de Boulogne se deslizaba lentamente el coche que conducía Bob Marin. A su lado, revólver en mano, Fred. Laurent ostentaba una acentuada palidez.

Trató de afirmar la voz:

—Pásame el *scotch*.

Marin le tendió el frasco. Laurent desenroscó el tapón metálico y deglutió ansiosamente un sorbo. Devolvió la botella al conductor, que soltó el volante sosteniéndolo solamente con la zurda.

El pesado y compacto «Buick» trazó un zig-zag.

—¡Ojo! ¡Nos vas a estrellar contra un árbol! —clamó Laurent.

—A diez por hora no creo que padeciese ni el árbol. De todos modos, si tienes canguelo, te apeas y vas de peatón.

—¡Ojo!

Un coche patrulla policial se aproximaba. Instintivamente, los dos muchachos adoptaron una actitud de exagerada indiferencia. El coche patrulla pasó de largo, desapareciendo en el viraje.

Bob Marin aminoró todavía más la marcha.

—Pasa atrás, Fred. Llegó el momento.

Fred se encaramó al respaldo y se ocultó agazapado junto a la banqueta posterior, en cuyo mullido tapizado apoyó la diestra, empuñando el revólver.

Bob Marin frenó, haciendo funcionar por dos veces los faros. Murmuró entre dientes:

—Salió del Chat-Ki-Lech. Es una jamona. Parece rica.

—¿Está buena? —resopló Laurent, emocionado.

—No seas idiota, rediez. Me refiero a que debe ser una burguesa forrada de plata y con gran angustia vital.

Unos tacones altos martillearon la acera y la mujer se recortó nítidamente en el haz luminoso. La laca mantenía en alto su rubio cabello y el abrigo de pieles contrastaba con el vestido negro de generoso escote.

En la diestra hacía oscilar un bolso de mallas doradas. Se detuvo al borde de la acera, mirando sonriente a Bob Marin, que dijo amablemente:

—Hola. ¿Se le averió el coche, señora?

—Exacto, joven.

—Suba, entonces. La llevaré donde quiera.

Ella contorneó el capó, abrió la portezuela y, sentándose, comentó:

—Vaya coche más...

Aplastado el acelerador, el «Buick» brincó y la mujer lanzó un gemido asustado.

Fred Laurent, arrodillado, colocó su palma zurda sobre la boca femenina y apoyó el cañón de su revólver en la sien de su mujer.

Con seca entonación, advirtió Marin:

—Te callas o mi compinche te vuela el serrín.

La rubia no se rebeló. La recia impresión triplicada, la había desmadejado, manteniéndola al borde del desmayo.

El coche seguía el itinerario destinado a extraviar a los eventuales perseguidores. Dejando atrás el bosque, penetró por una avenida ampliamente iluminada y viró por un dédalo de calles oscuras, en una de las cuales se detuvo.

—Pásame el monedero —ordenó Marin a su amigo.

Al resplandor del cuadro de mandos, hizo el inventario, volcando el contenido sobre sus piernas juntas.

—Un pañuelo, un peine, lápiz, llaves de coche... Él billetero. ¡Ostras!

—¿Cómo que ostras?

—Pues calderilla. Un billete de cincuenta, dos de diez, y chatarra menuda. ¡Ay, caray! Esta mujer merecería que... Vamos a interrogarla. Déjala hablar.

Fred retiró la palma zurda y la mujer aspiró grandes bocanadas de aire, saltones los ojos.

Fred le rozó la mejilla con el cañón.

—Si gritas, te liquido. Esto es un silenciador, o sea que no tememos que el ruido alerte a nadie. ¿Comprendido?

La prisionera asintió. Iba serenándose.

Conminó Marin:

—¿Te llamas?

—Mado.

—¿Eso es todo lo que tienes? —y agitaba Marin el bolso, indignado.

—¡Sí, os lo juro! Podéis registrarme sí queréis.

—¿Y cómo es que llevas un abrigo de visón?

—Es conejo teñido. Dejadme bajar. Prometo que me callaré. No diré nada a nadie, lo juro. ¡Oh, qué desgraciada soy, cielo santo! Llevaba una hora paseando y sólo he ganado cincuenta miserables francos. ¿Qué le daré mañana de comer a mi hijo? ¿Eh? No es mi

culpa si hago la carrera. Soy analfabeta y no me aceptaron en ninguna oficina. Y tengo un hijo, un nene de dos años, que me espera en casa durmiendo, el angelito... ¡Les suplico que me dejen salir, señores!

Sollozaba ruidosamente. Titubeante, sugirió Fred:

—Oye, quizá que la dejemos...

—¡Cierra la boca! Déjame reflexionar —le ordenó Marin.

La meditación tuvo lugar en un silencio solamente truncado por los sollozos y gemidos lastimeros de la víctima.

Decidiéndose, Bob Marin volvió a depositar en el bolso los objetos esparcidos sobre sus rodillas, manoseó los tres billetes y la calderilla y lo dejó todo dentro de las mallas forradas con tejido dorado.

Alzando los hombros, declaró severamente:

—Anda, desgraciada, nos das lástima. Coge tu bolso y baja. Puedes considerarte afortunada. Hemos liquidado a una docena por mucho menos. ¿Te enteras?

Fred embolsilló su revólver y Mado exteriorizó su alivio.

—¿De verdad? ¿Me dejáis bajar? ¡Oh, qué magníficos sois! Y guapos, además... Si queréis...

—Cierra la boca. Desembarca y suerte.

Posó ella la mano en el abridor, miró en tomo y se estremeció.

—¿Vais a abandonarme aquí, en plena selva, lejos de toda comunicación? Pillaré un resfriado y además voy a tener miedo aquí sola... Anda, muchachos, sed buenos chicos y devolvedme al Bois, os lo suplico... Ya pillé una gripe asiática este invierno, y tengo los pulmones frágiles.

Tosió en forma patética. Fred tocó en el hombro a su jefe.

—Oye, total... Podríamos dejarla allá, al regresar.

En silencio, Bob puso en marcha el coche, reemprendiendo el camino del Bois de Boulogne. Completamente calmada, Mado se dio toquecitos en los ojos con el pañuelo y reanudó el relato de sus penalidades.

De ellas se desprendía que, abandonada a los dieciocho años por un vil seductor, hijo del alcalde, que abusó de su ingenuidad, había sido expulsada por sus padres, ricos fabricantes de Marsella.

Y sola en París, todas las puertas se le cerraban. Al venir al mundo su bebé Paul, pensó ella rehacer su vida con un chico honrado que luego resultó ser un espantoso granuja, que obligó a la inocente a salir a las aceras a la caza del hombre.

Louis, que así se llamaba el granuja, estaba actualmente en la cárcel, y Mado, agobiada de deudas, se veía amenazada de

expulsión por su casero.

—Si no encuentro doscientos francos de aquí a mañana, no me queda más que una solución. ¡Tirarme al río con mi pequeño Paul!

Estalló en sollozos. El «Buick» se detuvo en los lindes del bosque. Fred murmuró:

—Yo tengo noventa. ¿Y tú, Bob?

—¡Trae! Con estos cuarenta míos, en total, te has salvado, chica. Baja.

Emocionadísima, Mado, al apearse, afirmó:

—Habéis salvado la vida a dos infelices criaturas. Su rápido taconeo se esfumó en la noche.

Bob Marin rezongó:

—Vaya noche... Que yo sepa, no vinimos al Bois como hermanitas de la Caridad. Nos hemos quedado limpios ahora. Pues sí que somos listos. Tú tienes la culpa. Eres un romántico sin remedio.

—Escucha, eso de atracar a desconocidas paseando es un fracaso. Ya lo has visto. Además, le dijiste a Medo que no habíamos cargado a doce... Es capaz de contarlos. Y si la policía se lo cree...

—La gratitud la hará nuestra esclava. ¿Qué hacemos ahora?

—Un buen robo en una tienda, esto sí que es interesante. Y los tenderos siempre tienen dinero.

Volvió Fred a sentarse junto a Bob y presionó el gatillo de su revólver, que se abrió mostrando la hilera de cigarrillos. Cogió Bob uno y le presentó Fred la llamita del cañón.

—Hay un supermercado italiano que tiene la ventaja de no tener cortina metálica protectora. Y está lejos de cualquier comisaría. Vamos allá.

La calle donde se hallaba la tienda Gianelo estaba plenamente en silencio y desértica. Detuvo Marin el coche cerca de la esquina.

—¿Tienes la ganzúa, Fred?

—Y que es de las buenas. Garantizada.

Apeándose, giraron la esquina. Una farola alejada desparramaba un glauco matiz sobre la cristalera de la tienda. Los dos muchachos atisbaron, en siniestro reflejo, sus rostros lívidos y crispados.

—Vamos, funcionando —ordenó Bob en tenue susurro.

Fred introdujo la ganzúa. Había leído en un manual del perfecto cerrajero cómo debía tantearse con la parte plana del bisel el dentellado de los cerrojos «Yale».

Pero se veía escasamente. Y pasaban los minutos.

Se impacientó Bob:

—Sigue así y será mejor echar la puerta abajo a patadones.

—No tardo, verás... Hay que tantear con tiento... ¡Ya! ¡Caray!

Empujó Bob y entraron ambos a la vez. El empujón puso en marcha sobre sus cabezas, en el marco del dintel, un carillón que desgranó una melodía napolitana.

Sudoroso, masculló Bob una imprecación, mientras Fred, sin aliento, se adosaba a la puerta ya cerrada, cortando el campanilleo.

En la tienda imperaba un olor reconfortante de quesos, embutidos y vinos.

—¿Dónde está la caja? —indagó Fred.

—Al fondo, hombre. ¿Dónde va a estar?

—En los supermercados...

—¡Esto es un tenducho barato!

Encendió Bob su mechero y quedaron de manifiesto amontonamientos de toda clase. Rosarios de mortadela, racimos de garrafitas con redecilla, pilas de quesos, estalactitas de jamones, bandejas de pizza, yacimientos de espaguetis, reuniones de crustáceos y montículos de conservas.

Por entre aquellos setos artificiales se percibía la caja registradora. Se apagó la llama del mechero.

Ordenó Bob Marin:

—Vamos allá. Nada de ruido, Fred.

Avanzaron tres pasos. Medio metro de latas de sardinas se derrumbó con un estruendo apocalíptico.

Se petrificaron los dos, completamente congeladas las venas, preparados para emprender una fuga sin gloria, pero al no oír más eco que los estampidos de sus corazones, reanudaron su cauteloso avance.

Para tranquilizarse, comentó Fred:

—No hay el menor peligro. La zona está desierta.

La tienda se iluminó en repentino brote de luces por todas partes. En pijama, y desmelenado, apareció Gianelo vociferando:

—¡*Mascalzone!* ¿Qué hacéis en mi tienda, banda de crápulas?

Fred Laurent, a quien las sucesivas emociones rematadas por el estallido de luces, le habían concedido una paradójica sangre fría, encañonó el imponente abdomen del napolitano y silbó con voz amenazadora:

—¡Manos arriba! Y no seas bocón o te abro boquetes.

Gianelo alzó las manos.

Las cerró en torno a dos jamones de Parma que colgaban de sus garfios. Dio un estirón y se lanzó hacia delante, aullando insultos bilingües.

Golpeaba a diestro y siniestro, derribando de paso montículos

de conservas, ondeando los dos jamones como si fueran hachas.

Fred y Bob habían emprendido una fuga apresurada. Giraron la esquina con una celeridad prodigiosa, saltaron al coche y Bob pisó a fondo. El motor roncó y el «Buick» partió como una flecha.

Minutos después, comentó Bob:

—Estuve acertado al dejar el motor encendido y las portezuelas semiabiertas. Hay que ver lo inútil que eres... Tenías que darle un culatazo al italiano.

—¿Y tú qué? ¿Eres manco? Echaste a correr y yo te seguí... Además, ese pobre hombre daba no sé qué...

—Si ese condenado macarroni no hubiese dormido en su trastienda, habríamos dado el golpe. En fin, nos falta experiencia. El próximo golpe tenemos que estudiarlo con detalle, planearlo bien, y la prensa hablará de nosotros.

—Pero nos hacen falta armas. De verdad. No este maldito juguete pitillera-encendedor. Eso no asusta ni a una vieja.

—Ya tendremos armas, y pronto. ¿Nos vemos mañana?

—Mañana no podré. En casa hay invitados a comer. Y tengo que repasar la Química o me catean.

—Nos vemos, entonces, el sábado sin falta. Donde siempre.

El «Buick» conducido por Bob Marin se alejó. Fred Laurent montó en su «Lambretta» arrimada al bordillo y, de regreso a su casa, alzó el cuello de su cazadora de antílope.

Fruncido el ceño, repasó mentalmente los acontecimientos de la velada y pensó que había tenido suerte, ya que no recibió más daño que un golpe de jamón en el ojo derecho.

Sonrió pensando en su tío Regis, de austera severidad. Masculló en voz alta:

—Si me llegas a ver esta noche, tío Regis, te caes de espalda, muerto de la impresión.

Se apeó ante la casa, abriendo la verja con su llave y ahorquilló su scooter en el jardín, bajo la arcada de unas escaleras. Subió los peldaños, empujó la puerta de cristales que daba acceso al vestíbulo y se contempló en el espejo del perchero.

Su ojo estaba rodeado de una aureola violácea. Murmuró fastidiado:

—Mañana estará negro del todo.

Se encogió de hombros. Tendría toda la noche para encontrar una explicación satisfactoria y subió la escalera conduciendo al primer piso.

En el rellano, el reloj del péndulo emitió tres graznidos. Sobre la punta de los pies, Fred rebasó el cuarto de su tía, el de su tío y el de

su hermana.

Sonriente, penetró en su habitación, pulsando el conmutador.

Se le borró la sonrisa al ver a su tío sentado en el único sillón del cuarto, revistiendo batín y ostentando una mirada severa. Fred Laurent volvió a sentir humedad sudorosa en la frente.

Intentó dar a su entonación un matiz de alegre sorpresa.

—¡Caramba, tío! ¡Buenas noches!

—Dirás buenos días, Fred. ¿Puedes decirme de dónde vienes?

—Fui al cine-club con varios amigos, fuimos a beber unas cervezas y ya sabes lo que pasa. Charla que charla, se discuten problemas propios de nuestra edad hasta que nos damos cuenta que son ya la una y pico...

—Las tres.

Fred hizo un ademán conciliatorio. La mirada calmosa y penetrante de su tío Regis, siempre le impresionaba. Lo cual le fastidiaba, ya que lo estimaba un complejo infantil, de huérfano pueblerino. ¿No era ya un hombre? A los dieciocho años, un hombre es libre.

—Las tres o la una y pico, total, no es ningún delito.

—Sí no peco de indiscreto, ¿dónde coleccionaste ese espléndido ejemplar de ojo a la funerala?

—Pues, verás... Es del género idiota la cosa. Figúrate que, al cabalgar mi scooter, topé con el... con la parte de atrás del retrovisor.

—Bien, bien... Ya tienes dieciocho años, sabes perfectamente que los niños no nacen bajo las coliflores, y te he hecho toda clase de advertencias a propósito de las mujeres, ¿no es así? No voy a empezar otra vez el mismo rollo. ¿Cómo se llama ella?

Fred Laurent se sintió mucho mejor. Por un instante había temido que su tío sospechase la verdad.

—Te aseguro que todavía no hay ningún asunto femenino. Primero, porque soy demasiado joven y las mujeres no se interesan en los muchachos que...

—Por lo menos, ¿es bonita ella?

—Pero si te digo que yo no...

—Bien, bien... Tenías derecho una vez por semana a salir de noche hasta la una a más tardar. Por consiguiente, esta semana quiero verte en tu cuarto todas las noches a las diez en punto, ¿no es así? Te las apañarás como puedas con tu amiguita. Y, sobre todo, nada de aventuras con mujeres de cierta edad. ¿Comprendido? No querrás que te envíe a un colegio inglés, ¿no es así? Buenas noches. Y no leas hasta tarde. A tu edad, es necesario dormir a fondo.

Fred Laurent aguardó unos instantes para dar rienda suelta a su rabieta. Asestó un patadón a una mesa cubierta de textos, que se desmoronaron por la alfombra.

Encarándose con el espejo del armario, cerró su ojo válido, encañonó sobre su reproducción una metralleta imaginaria y silabeó:

—¡Tac-tac-tac! Ya le enseñaré quién soy a ese mojigato carcamal y tiránico. Pronto sabrán todos quién es Fred Laurent.

Apenas estuvo entre las sábanas, se durmió profundamente. Agotado.

CAPÍTULO II

Anocheecía. En su habitación, Chantal Laurent relejó la carta, negándose a creer lo que leía:

«Crédula gansita:

El joven con el cual te entrevistas todas las tardes, desde hace un mes te jura que te ama y lo crees. Es mi deber abrirte los ojos para evitarte una decepción tardía.

» Tu Níc Valmont se entrevista todas las noches con una célebre cantante, en una casa de la avenida Ornano, número dos, en Vitry-sur-Seine.

» Lo puedes comprobar. Ahí estará esta misma noche.

»Un amigo»

La misiva estaba redactada en letras mayúsculas. No tenía firma y había sido dejada directamente en el buzón de la casa, ya que el sobre no tenía sello.

Inundados los ojos de lágrimas, Chantal pensó primero en suicidarse. Rechazó pronto esta idea, por poco razonable. Decidió matar a Níc.

Saliendo de su habitación, penetró en tromba en la de su hermano. Fred Laurent, extendido en la cama, leía apasionadamente una novela policíaca.

Respingó ante la entrada súbita de su hermana gemela.

—¡Demonios! ¿Estás loca o qué? ¿Qué pasa ahora?

—¡Freddy, oh, Freddy! Es horrible lo que me atormenta.

—¿Te duelen las tripas?

—Las tripas, las tripas... Mira que eres grosero... No puedo decirte cuál es mi drama. Quiero que me prestes tu revólver. Y no hagas preguntas. Es un asunto personal.

—No tengo revólver.

—Nada de mentiras ahora. Me lo enseñaste. Déjamelos, te lo suplico, hombre.

Fred no podía confesar a su hermana que el supuesto revólver era una pitillera-encendedor.

—Ya no lo tengo. Lo vendí.

Chantal abandonó la habitación. Fred regresó a su lectura. La histeria de las chicas era algo irremediable y sin peligro.

Chantal tropezó con Regis Laurent, que salía del cuarto de baño.

—¿Qué te sucede, hija?

—¡Tío, oh, tío, si supieras!

Regis Laurent había aceptado ser como un padre para los dos niños de su hermano muerto con su esposa, doce años antes, en un accidente de coche.

—Bueno, explícale a tu viejo tus penitas, muchacha. ¿Es grave?

Los treinta y cinco años de Régis Laurent eran muy expertos. Los dieciocho de Chantal, muy sensibles.

—Estoy enamorada. Se llama Nicolás Valmont. Es guapo...

—¡Ey! ¿Es el hijo del político derechista?

—Sí. Es rubio como un dios vikingo y...

—¿Le conoces hace tiempo?

—Hace un mes. Es alto y...

—¿Lo has visto con frecuencia?

—Todas las tardes. Tiene los ojos muy azules...

—O sea que te saltabas a la garrocha las clases de la tarde.

—Bueno..., todas, no... Solamente la de dibujo y la de gimnasia.

—Bien, bien... ¿Y no te quiere tu Nicolás?

—Sí, en fin, no lo sé... Mira lo que he recibido.

Tendió la carta a su tío que, tras leer, manifestó:

—Esto es una sucia carta anónima. Pero los efectos son los mismos. No veo más que una solución. Vamos allá a comprobar si es cierto. Si es verdad, te darás cuenta de que ese muchacho no es digno de tu amor, ¿no es así?

—Pero..., ¡no es verdad! ¡No puede ser verdad!

—Eso deseo, pequeña. Pero, en mi opinión, los anónimos siempre tienen una base de realidad. En fin, ya lo veremos. Después de cenar, te llevaré a Vitry-sur-Seine. No le diremos nada a tu hermano y a tu tía. Es inútil que ella se inquiete por un asunto que todavía ignoramos si es una broma pesada.

* * *

El «Peugeot 404» de Régis Laurent se inmovilizó sin ruido ante la verja de un chalet perdido entre la copiosa y cuidada vegetación.

Laurent bajó, haciéndole un ademán a su sobrina para que le siguiera. Ella se asió a la ventanilla.

—No, tío, no quiero ir.

—Es preciso, chica. Para esto hemos venido, ¿no es así?

Lacrimosa, obedeció ella. Laurent estaba ya ante la verja, cuyo gran abridor manipulaba.

—No está cerrada. Tu joven Romeo es un imprudente.

En el jardín, la gravilla crujía bajo sus pasos. Chantal respingó al reconocer el «Jaguar» de Nic ante la casa.

Dominando su ira, admiró la silueta atlética de su tío, el corte impecable de su traje, la elegancia con la que llevaba el sombrero de castor de cortas alas.

Casi se sentía capaz de enamorarse de un hombre como su tío. Laurent consultó su reloj, acercándolo a sus ojos. Murmuró:

—Las diez menos dos minutos.

Miraba la fachada oscura.

—Tío... ¿Qué... qué vas a hacer?

—Todavía no lo sé. Déjame pensar y no hagas ruido.

Estremeciéndose, se apretó ella más el chaquetón de pieles. Un perro ladró, reapareció la luna, un tren pasó silbando aguda y lúgubrementemente.

Un lejano campanario fue desgranando con solemnidad las diez campanadas.

Y una ventana se iluminó en la fachada, en la planta baja.

Se detuvieron ante la ventana. La cortina de tul era sutil, tan transparente que no ocultaba nada del interior. Una sala empapelada de florecitas amarillas iluminada por la araña de cuatro candelabros.

A la izquierda, un bar. A la derecha, una puerta. Al centro, frente a la ventana, el sofá de un tresillo. Y en el sofá...

Chantal cerró los ojos con fuerza. Y para más seguridad, los cubrió con sus manos febriles. Pero pronto apartó los dedos, llenándose la retina con la escena atroz.

En el diván, una horrible vieja de por lo menos treinta años, con espantosos cabellos rubio claro y repelente boca escarlata, emperifollada con un *negligé* negro, traslúcido, rodeaba asquerosamente el cuello de Nic Valmont.

Nic Valmont, en mangas de camisa, sin corbata, tenía aspecto de complacerse en aquella situación inmunda.

La horrible vieja, que se parecía mucho a la difunta actriz Jayne Mansfield, acariciaba la nuca del joven, el cual se dejaba hacer, riendo como un perverso, embrutecido, pensó Chantal, abrumada.

Susurró:

—Vámonos, tío, por favor.

—Ni hablar ¿Este muchacho, es el que tú conoces?

Avergonzada, musitó ella:

—Sí. Es Nic, el propio Nic.

—Bien, bien... Quédate aquí. Le voy a decir dos palabras a tu

Nic.

Como fascinada, Chantal permaneció frente a la innoble escena. Ahora, Nic se inclinaba sobre la cabeza de la rubia, olfateándole el cabello con éxtasis, como un chuchito oliendo un potaje de grasa de tocino, meditó Chantal, escandalizada.

El cuadro cambió repentinamente. La puerta situada a la derecha se abrió. Y Chantal vio a su tío avanzar unos pasos.

Podía oírlo todo.

Regis Laurent, inmóvil, ostentaba una sonrisa desdeñosa.

—Excúsenme por interrumpir esta indecorosa escena, pero no tardaré mucho.

Un cohete cayendo en medio del diván no hubiese provocado mayor estupor que aquellas simples palabras.

Nic Valmont saltó en pie, como mareado y a la vez espoleado. La rubia, lanzó un grito, y, teatralmente, se desmayó.

—¡Se... señor! —chilló Nic.

—Permítame que me presente. Regis Laurent. Tío de la joven que usted ha estado viendo cada tarde desde hace un mes.

—Encantado, señor Laurent.

—Yo, no, ni mucho menos. Celebro haberle sorprendido así. Lo cual ilustra bien a las claras los sentimientos verdaderos que dedica a mi sobrina. ¡Cállese, por favor! Inútil concretarle que no vuelva a verla, o me vería yo en la obligación de comunicarle el incidente de esta noche a su padre, en primer lugar, y luego a la Prensa. Me ha comprendido bien, ¿no es así?

—Se lo puedo explicar todo. Se trata de un malentendido.

—¿Un malentendido? Lo que faltaba... No pretenderá usted que esta... mujer es su profesora de inglés o su abuela.

—Yo le afirmo, señor, que...

—Adiós. ¡Buenas noches!

La puerta estalló.

Instantes después, oía Chantal la voz grave de su tío:

—Vamos, pequeña. Ya no tienes nada que hacer aquí, mirando como alelada. Anda, vamos, chiquita.

En el coche, Laurent mostró la carta anónima y le prendió fuego con su encendedor. Esparció las cenizas al exterior.

—Ya no pienses más en esto, Chantal. A tu edad, estas penas pasan pronto. Este chico te habría hecho desgraciada.

Se esforzó ella en sonreír a través de sus lágrimas.

—Ya lo he olvidado. Para mí, como si no existiera.

A las once menos cuarto de la mañana, Régis Laurent, como todos los días aproximadamente a la misma hora, entró en la calle Choiseul. Se detuvo ante el escaparate de su tienda, en cuyo frontis había unas letras góticas, reproducidas en capitales doradas en el cristal del escaparate:

LAURENT
Sombrerería de lujo

Empujó la puerta. Tras la caja, se levantó Sandra, su empleada de toda confianza. Que inmediatamente, informó:

—Solamente dos clientes. Uno compró un Borsalíno y el otro dijo que ya volvería.

—Gracias, Sandra.

Pasó Laurent a su despacho, desde donde por la puerta de panel de cristal podía observar la entrada y el local. Aguardó poco. El teléfono repicó:

—Sí. Aquí Sombrerería Laurent.

Una voz femenina, algo ronca, vulgar, moduló:

—Quisiera hablar con el señor Víctor.

—Yo mismo.

—¿Qué tal, señor Víctor? ¿Anoche todo salió cómo quería? Soy yo, Melia.

Del cofrecito, extrajo Laurent un largo y delgado tabaco brasileño. Lo humedeció. Sí, todo se había desarrollado tal como estaba previsto.

Puertas abiertas, la luz encendiéndose a las diez en punto, la colocación del diván frente a la ventana, el simulado desmayo...

—Sí, Melia. Todo estuvo bien. ¿El joven alborotó mucho, después de haberme ido yo?

—Pues sí y no. Chillaba que aquello era una emboscada, que vendría a explicarle a usted que yo lo había atraído a la casa por medio de una carta misteriosa, que había venido sin saber lo que iba yo a hacer, que yo le había emborrachado. En fin, no estaba nada contento, se lo aseguro.

—¿Lograste calmarle?

—Creo que sí —y la risita era más vulgar que la voz.

Encendió Laurent su tabaco.

—Muy bien, Melia. Gracias. Naturalmente, habrás quemado la carta que sirvió para atraer al chico.

—Claro. La tenía en su cartera.

—Muy bien.

—¿Las llaves de la casa cuándo se las devuelvo?...

—No hace falta. Esta noche, mi socio Patric pasará por tu piso con la cantidad prometida y le darás las llaves.

—Disculpeme, señor Víctor, pero... este muchacho parece muy decente. ¿Por qué no quiere que se case con su sobrina?

Con tono seco, autoritario, silabeó Laurent:

—La primera virtud que exijo de las personas que empleo en cualquier trabajo es la discreción más absoluta, Melia. Te consta que la curiosidad es peligrosa. Muy, muy peligrosa.

—Sí, sí... Perdone. Hasta pronto, señor Víctor.

Colgando, Laurent se reclinó en el sillón. ¿Por qué quería impedir el noviazgo de su sobrina con Nic Valmont? Por un motivo sencillo. El hijo de un prohombre político representaba un peligro seguro.

El padre desearía saber detalles sobre la familia con la cual podía emparentarse, y ordenaría una investigación detallada sobre Regis Laurent, sombrerero.

Era un riesgo que Laurent, alias Víctor, no quería correr.

Por el cristal de la puerta vio entrar a un individuo, Al que identificó como uno de sus clientes antiguos:

Escribió rápidamente sobre una hojilla de papel, una hora y una fecha. Doblando el papel, lo deslizó en su bolsillo y pasó al local, exhibiendo una amable sonrisa.

—Vuelva a la caja, Sandra. Me ocuparé personalmente del señor. Buenos días, señor Forez, ¿en qué puedo serle útil?

—Mi querido amigo, necesitaría un sombrero gris, de copa, para las carreras. La temporada está al caer, y nunca me pierdo los grandes premios.

Laurent fue a desembalar de su caja un sombrero. Encajaba perfectamente sobre el cabello gris abrigantado de Forez, en cuya órbita izquierda se incrustaba un monóculo.

—Tiene usted una memoria asombrosa, mi querido amigo. ¿Se acuerda de las medidas de todos sus clientes?

—Solamente de los mejores.

A la vez, insertaba Laurent el papel doblado en la badana del sombrero.

—Envuélvalo con esmero, Sandra. Póngalo en caja plástica.

Forez abandonó la tienda con su envoltorio ultramoderno. Consultó Laurent su reloj.

—Tengo familiares a almorzar, Sandra. No regresaré antes de las cuatro. Telefonéeme si hubiera alguna novedad urgente.

Siempre le alegraba a Laurent ver a su hermana Nelly y a su

cuñado Gerard. Su cuñado tenía treinta años y ejercía la profesión de representante en maquinaria agrícola.

Una profesión que le obligaba a viajar frecuentemente, pero que le producía excelentes dividendos.

Nelly susurraba chismes con Norma Laurent. Chantal apenas comía, encerrada en un mutismo melancólico. Gerard estaba diciendo:

—Pero vamos a ver, Fred, ¿crees que la carrera de director de cine ofrece seguridades de porvenir?

—Claro, caramba. Un director de calidad rueda dos películas por año y viene a ganarse de medio a dos millones por película.

—Pero antes de ser director, muchacho, hay que ser ayudante durante muchos años —puntualizó Laurent.

Su sobrino le asestó una mirada rencorosa.

—Tío, te has momificado en conceptos anticuados. En nuestros días la condición esencial para triunfar en el cine es precisamente no haber sido nunca ayudante de dirección, y no haber puesto nunca los pies en un estudio. Lo principal es haber hecho crítica. ¡YO la hago! ¿Habéis leído mis artículos en Esoterismo para Todos? No me muerdo la lengua, no. Ya verán esos pontífices del cine comercial lo que es bueno cuando yo...

—Para el carro, chico. No nos interesan tus rollos cineastas.

La conversación desvió hacia temas literarios. Nelly había leído una novela formidable, de la cual no recordaba el título ni el autor ni el tema. Pero era excelente. La recomendaba.

Norma afirmaba que estaba leyendo a la Sagan y a la Duras, pero que no entendía mucho aquellos líos.

Fred decretó:

—¡La Sagan y la Duras acaparan un inmenso talento!

Chantal se levantó de pronto, pensando en el anónimo. Clamó:

—¡Odio a los escritores!

Y abandonó el comedor, sollozando. Explicó Laurent:

—Son los nervios. Prepara unos exámenes difíciles y trabaja demasiado. En pocos días se repondrá. Le damos vitaminas sin que se entere.

Laurent y su cuñado Gerard se enzarzaron en temas políticos. Fred se aburría enormemente, hasta que les oyó abordar el tema de la juventud delincuente.

Dio un puñetazo en la mesa y sentenció:

—Si hay delincuentes juveniles, ¿de quién es la culpa, eh? ¿De quién? De la generación que nos ha dado un ejemplo de conformismo, falta de energía y desmedida codicia. ¡Sois todos

unos materialistas sin intelectualidad ni elevación...! Sois...

Se interrumpió, ante la mirada glacial de su tío.

—Tus discursitos te los guardas, por ahora, chico. Tendrás derecho a participar en nuestras conversaciones serias, cuando te ganes la vida, cuando sudes tu pan con mantequilla. Ahora, concédeme el privilegio de subir a tu cuarto hasta que sea la hora de tus clases.

Como última bravata, Fred hizo restallar la puerta al salir.

En su cuarto, asestó algunas patadas a diestro y siniestro. Hurgó entre sus discos, colocó el último *hit* de los *Five Lyons* en el platillo, y abrió a fondo el volumen.

Algo calmado por la ducha musical, fue al cuarto de su tío, que era donde estaba el teléfono. Marcó número.

—¿Oiga? Quisiera hablar con Robert Marin.

Poco después, oyó masticar a Bob.

—Sí, yo. ¿Qué?

—Oye, Bob, tengo un plan formidable. Algo estupendo.

Sin entusiasmo, boca llena, farfulló Bob:

—¿Qué nueva burrada germinó en tu mollera, chico?

—Una tienda. La sombrerería de mi tío.

—¡Os... tras! —y Bob Marin se atragantó—. ¿Te has vuelto loco?

—Todo lo contrario. Me es fácil conseguir un duplicado de las llaves. De noche, el barrio está desierto casi... Y el irónico Régis Laurent necesita una buena lección. Apenas presente la denuncia, le diré que yo soy el ladrón.

Al otro extremo del cable hubo un ruido de masticación pensativa. Por fin, aprobó el jefe:

—Bien. No me parece muy idiota el asunto. Lo estudiaremos. Nos vemos luego. Donde siempre.

CAPÍTULO III

En las afueras de París todo era quietud apacible.

En Vitry-sur-Seine, exteriormente nada habría podido diferenciar aquella casa aislada de las demás, también rodeadas de jardín y con fachadas sin luces.

Únicamente un observador algo curioso habría podido encontrar algo extraño en la presencia en el jardín de una docena de lujosos automóviles, alineados uno al lado del otro, sin luz alguna encendida.

Pero un alto seto compacto disimulaba aquel retazo de jardín transformado en parking y el observador, por curioso que fuera, habría tenido que entrar y pasar tras el seto.

Aquella casa era idéntica a las otras en silencio y oscuridad. Pero tras los ventanales, cuidadosamente obturados por cortinajes opacos, reinaba una gran animación, tanto en la planta baja como en el primer piso.

En la extensa sala del primer piso, los llamados Víctor y Patric, vistiendo smoking blanco, paseaban, sonriendo a los miembros del club muy privado.

Laurent, que allí empleaba su segundo nombre de Víctor, le decía a su cuñado Gerard que, como socio de la empresa, respondía en el club a su segundo nombre de Patric:

—No te discuto que es una lástima revender la casa ahora. Cada vez que hemos tenido que cambiar de sitio hemos perdido clientela.

—Pero no habrá más remedio. Pronto sucederá lo de siempre. La cosa se pondrá peligrosa. Siempre hay indiscreciones.

Desde hacía cinco años los dos dirigían un casino de juego, cambiando con frecuencia su emplazamiento, en torno a París. La policía, si hubiera conocido el casino lo habría catalogado como garito, fuera de la ley.

Sin embargo, los juegos eran completamente limpios y ambos cuñados se limitaban a la ganancia de la casa. El diez por ciento sobre las cantidades jugadas.

Por esta razón y como en sus salas únicamente se reunían personalidades parisinas de gran fortuna y temerosas del escándalo, la reputación de Víctor y Patric como directores de aquel casino privado era buenísima.

La casa tenía seis salas, tres por piso. Abajo, además del bar,

estaban las mesas de juego «suave»: veintiuno, tresillo y hasta dominó, aunque se jugase a cincuenta francos el tanto.

En el primer piso, poker, ruleta y bacará. Cada mesa tenía por croupier una hermosa muchacha, elegantemente vestida de noche. Asistida por dos cambiadoras de billetes por fichas que, con minifalda y leve corpiño, paseaban entre los jugadores, con una amplia cartera suspendida al hombro por larga correa.

El acceso al casino estaba rigurosamente prohibido a cualquier mujer, aunque fuera la primera fortuna mundial. Un miembro solamente tenía derecho a presentar a uno de sus amigos, tras pertenecer al casino por un período de tres meses. La selección se lograba así con toda garantía.

Las partidas solamente tenían lugar dos veces por semana, en noches distintas, y los miembros eran informados telefónicamente al atardecer.

Este servicio de información corría a cargo del hombre del monóculo, Forez. En cuanto al reclutamiento del personal, corría a cargo de Sandra, la empleada de la Sombrerería Laurent.

Precisamente, Sandra acababa de entrar en la sala de ruleta. Vestía un extraordinario drapeado escarlata, que ponía de relieve su blanca carnación de rubia natural y joven.

Aproximándose a los dos directores, habló respetuosamente:

—El senador acaba de llegar con un nuevo miembro. Lo garantiza. Es un hombre político, muy influyente...

—Nada de nombres —atajó Laurent—. La discreción ante todo. ¿Pagó su cuota de entrada?

—Entregó los cinco mil al contado.

—¿Le hizo firmar el documento?

—Firmó.

—Perfecto. Bien... Puede pasar el nuevo miembro.

La costumbre del club era que cada aspirante a ingreso, firmase escrito por el cual se reconocía culpable de haber infringido voluntariamente la ley de Juegos de la región parisina.

Una precaución que hacía solidarios a directores y miembros.

En torno a las mesas, se aglutinaban los poderosos del comercio, Banca y política. Espesas nubes de humo ascendían al techo, donde ventiladores especiales lo aspiraban hacia el exterior.

El aire acondicionado alternaba con la suave calefacción. Las voces de las *croupiers* femeninas resonaban agradable: a intervalos:

—Hagan juego, señores... Hagan juego.

—Veinte mil a la banca.

—Cuarenta mil al catorce, caballo y pleno.

Luego, la sentencia esperada impacientemente, con anhelo:

—Nueve, rojo, impar.

Paseando, dijo de pronto Gerard-Patric:

—Mira, ahí viene el senador, con el nuevo miembro.

Se dirigieron hacia los dos cincuentones que acababan de entrar en la sala, y ambos a la vez directores se inmovilizaron.

El miembro nuevo, cabeza autoritaria con lentes grandes, monturas de carey, bigote, canoso, era muy conocido. Los caricaturistas le encontraban un modelo apto para muchas parodias.

—¡Maldita, sea! —masculló Laurent—. Es Valmont.

—El padre del amor de tu sobrina —concretó Gerard.

Dominándose, se aproximaron. El senador hizo las presentaciones:

—Señores Víctor y Patric... Mi amigo Michel Valmont, a quien hice los merecidos elogios de nuestro club.

Apretones de manos, sonrisas, y Valmont pasó con el senador a una mesa de ruleta.

Laurent tocó en el codo a su cuñado. Se alejaron.

—Valmont puede resultar peligroso, si se le ocurriese contar a su hijo que ha venido aquí.

—El hijo no atará cabos, a menos que el viejo no le dé la dirección exacta, cosa poco probable. No le contará a su hijo que pasó la noche en un garito de Vitry-sur-Seine.

—Nunca se sabe. Valdrá más cambiar de casa lo antes posible. Vamos a beber un trago.

Bajaron al bar, siempre abierto, siempre concurrido, y donde las consumiciones eran gratuitas. Bebieron zumo de fruta.

Poco a poco, al transcurso de las horas, las mesas fueron despoblándose, y hacia las cuatro de la madrugada quedaban únicamente unos pocos jugadores infatigables, rodeando la única ruleta funcionando.

El personal estaba tomando el copioso desayuno-cena. La rubia y atractiva Sandra informó:

—El nuevo socio ha parecido fascinado por Melia. Le di su número de teléfono.

Los ojos de Sandra se dilataron ante la reacción provocada por su frase, en definitiva, muy superficial.

Patric lanzó una palabrota obscena, y Víctor, atragantado, se daba una palmada en la frente.

—¿No debí hacerlo? —se alarmó Sandra—. Ustedes no me dijeron nada ni me dieron orden en contra.

Dijo Laurent, ya recobrado:

—Podrá arreglarse. Puede irse, Sandra.

A solas en el cuartucho que les servía de despacho, ambos cuñados permanecieron mudos un largo instante. Por fin, habló Laurent:

—Es realmente una casualidad extraordinaria. Que precisamente el politicastro venga esta noche y que precisamente se interese por Melia, que anteanoche atrajo a su hijo...

Gerard le atajó, sombrío:

—¿Sabes lo que creo? Que el fulano se ha enterado de todo. Su chaval le contó el jaleo. Le dio la dirección del lugar de la cita, aquí mismo, y el nombre de la mujer que le atrajo, a la trampa. El papi, al llegar aquí, ha reconocido el lugar descrito por su retoño, y minutos más tarde avista la mujer llamada Melia. Lo sabe todo ahora.

—Es imposible. No sabe nada, hombre. Te aseguro que el chaval estaba en verdad asustado, cuando le amenacé con explicárselo todo a su padre. No, no... No dijo nada, y podemos estar tranquilos. Y más todavía ahora que Chantal y el chico han roto sus relaciones, Ya no subsiste prácticamente ninguna posibilidad de que Valmont haga la menor asociación entre yo y el tío de la joven que su hijo Nic trató durante un mes.

Convencido por la lógica de la argumentación, sonrió Gerard, aceptando el vaso de zumo de tomate con agua mineral que le presentaba su cuñado.

Nada mejor para quitar el mal sabor de boca de las noches largas.

* * *

Chantal Laurent sabía que su tío estaba ausente. Penetro en su habitación, para telefonar clandestinamente. Marcó números.

—¿Aló? Quisiera hablar con Nic Valmont.

—¿De parte de quién?

—La profesora de latín.

La criada fue en busca de Nic, que poco después indagaba con voz reveladora de cierta inquietud:

—¿Quién está al aparato?

—Yo, Chantal. Quería solamente decirte que todo ha acabado entre nosotros. Te pido que me envíes mis fotos y mis cartas, a menos que no las hayas ya quemado.

—Oye, mujer, hay que explicarse, o sea que déjame explicarte.

Fue un malentendido. ¡Hemos de vemos ahora mismo!

El corazón de Chantal dio un brinco de alegría. Nic acababa de pronunciar exactamente las palabras que ella esperaba. Iba a verle. Tenía que verle. Quería verle.

—No puedo verte, porque estoy muy ocupada. Esta noche tengo que estudiar. Mañana salgo con amigas y por la noche, voy a un guateque. No, realmente, no puedo...

—Entonces voy a tu casa. ¡Voy allá!

—¡No, no! Si es así, prefiero oírte en cualquier sitio cercano. ¿Te parece bien en el Prado?

—No tardo ni diez minutos.

* * *

Chantal no lograba dormir. De felicidad. La felicidad hacía que su corazón irrigase en mil alborotados cascabeles la totalidad de su cuerpo.

En el Prado, Nic se lo había aclarado todo. Una explicación muy sencilla. Si bien larga, atropellada, con saltos y baches. Ella recordaba la explicación en cade sílaba, con cada entonación:

—No me interrumpas, y verás como lo entiendes Chantal. Fue una tramoya espantosa, destinada a destruir nuestro amor. Antes de conocerte a ti, tuve una aventura... Una aventurilla rápida sin la menor importancia para mí. Pero la chica en cuestión que se llamaba... eso es, se llamaba Rachel, se empeñó en casarse conmigo y cuando yo rompí con ella, porque te amaba a ti, entonces ella quiso vengarse en forma canallesca.

—Hay que ver —musitó Chantal, indignada.

—Eso es, había que verlo. Ella fue la que te envió esa puerca carta anónima, ¿comprendes? Y me escribió también, disfrazando su caligrafía... Ya no tengo la carta, desgraciadamente, porque la quemé apenas leída, en un arrebato de indignación. En aquella carta me decía, me decía... eso es... pues bien, me decía que mi padre tenía un *affaire* con la cual se entrevistaba todas las semanas en aquel rincón perdido de Vitry-sur-Seine, a las diez de la noche.

—A las diez de la noche, eso es.

—Comprenderás que la sangre se me revolvió toda. ¡Mi padre! Mi propio padre con una mala mujer aventurera. Hemos de velar por la moral de la gente vieja, que anda muy desconcertada y puede ser víctima de su inexperiencia. O sea que me fui como un rayo a Vitry-sur-Seine para cantarle las diez de últimas a esa mujer, y cuando llegó la mujer me abrió.

—Ya me di cuenta. Estabas dentro.

—Yo... No me interrumpas, caramba, o pierdo el hilo. Como te decía, yo empecé enseguida a tratarla de todo, y... eso es, ella me dio algo de beber.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¿Por qué? Lógico, mujer. Porque yo tenía sed. Y como tenía sed, bebí. Y en el aperitivo que me sirvió ella me dio una droga, un soporífero, ¿comprendes? Yo me noté algo raro, así como mareado, y me quité la corbata y la americana. Ella me hizo sentar en el diván y desapareció.

—Pues estaba bien aparecida y presente cuando la vi.

—¿La viste, la viste? Cuando reapareció, se había puesto yo qué sé... un trapo negro... ¿Te das cuenta? ¡Es atroz! Ella era cómplice de Úrsula... ¡de Rachel quiero decir! Y tú entonces viniste con tu tío Regis, y todas las apariencias me acusaban. Pero ya ves perfectamente que yo no era culpable. Yo estaba bajo los efectos de la droga, y no le pude explicar nada a tu tío en aquellos instantes, ¿comprendes?

—Sería LSD a lo mejor.

—A lo mejor, vete a saber, ¿eh? Aparte de que la aparición repentina de tu tío Regis me dejó turulado, pero tan pronto se fue él, me eché encima de la mujer y la obligué a que me lo contase todo. La doble tramoya de las cartas anónimas... Y resultó claro que mi viejo no conocía a aquella individua.

—Oye, era horrible la individua. Por lo menos tendría cuarenta años.

—Cuarenta, tanto como cuarenta, pongamos treinta.

—¡Cuarenta!

—Es posible, es posible. ¿Te das ahora cuenta de lo sencillo que es todo? Desde anoche no puedo dormir, cariño...

Recordando todo lo demás que le dijo Nic, Chantal sonreía, embelesada. Pero al repasar la explicación del tema diván y rubia, pensó Chantal que había sido muy tonta.

¿Cómo no supo adivinar en seguida que aquello era una abyecta trampa, maquinada por una mujer celosa? Nic era guapísimo.

Además, el hecho de que ella hubiese provocado un drama de celos, la halagaba enormemente, y se sentía llena de compasión hacia la desconocida Rachel-Úrsula, a la cual involuntariamente le había roto el idilio y el corazón.

Quién sabe. Ante el fracaso de su plan, Rachel-Úrsula, ¿se suicidaría?

Después de la reconciliación, Nic prometió que cuanto antes iría

a explicárselo todo a tío Regis, y aprovechando la ocasión, solicitaría permiso para formalizar el noviazgo.

El sueño de Chantal Laurent quedó poblado de querubines con guitarra eléctrica tocando marchas nupciales, entre revuelos de tules blanco ilusión.

* * *

Desde la cama, Fred Laurent encañonó su revólver hacía el busto de Voltaire, que adornaba la repisa de la chimenea de su cuarto.

Encendió un pitillo y releyó la ficha del plan de estudios en que había trabajado buena parte de la noche, tras su entrevista con Bob Marin.

«A. El golpe tendrá lugar entre las dos y las tres de la madrugada. Tránsito casi nulo.

» B. Agenciarse un duplicado de las llaves de la tienda.

» C. Afanar una linterna eléctrica para orientarse por la tienda.

» D. Ponerse guantes, por aquello de las digitales.

» E. Birlar una palanqueta para fracturar el cajón-caja registradora.

» F. Si es posible, guipar la combinación del cofre fuerte.

» G. Caso contrario, servirá un cartucho de dinamita.»

Fred Laurent se puso a meditar, y anuló el punto G. por demasiado estruendoso.

«I. Preparar una cartulina donde, con letras recortadas de periódico, escribiremos: «Los Vengadores siempre al acecho». Mensaje que dejaremos en el cofre fuerte vacío.

» J. Prepararse una sólida coartada para la hora del golpe.»

Fatigado por el desgaste cerebral, Fred Laurent se durmió, con el sano cansancio del estudiante concienzudo.

CAPÍTULO IV

Regís Laurent acabó de sumar, comprobó la adición y llevó el total a la columna «Haber» de una libretita recubierta de piel verde esmeralda.

Echando atrás su sillón, fue al tabique adornado con una reproducción del teniente Buonaparte en el puente de Arcole. Pulsó un entrante del marco dorado.

Con ligero chirrido de engranajes, el cuadro se movió, descubriendo la redonda tapadera de acero de un cofre fuerte.

En el centro del panel metálico cromado se hallaban cinco botones giratorios y una cerradura. Los botones, al girar, dejaban aparecer letras en minúsculos visores provistos de lente de aumento.

Laurent compuso la palabra-clave: CORSI, su segundo apellido. Deslizó una llavecita en el paño, y la puerta quedó abierta.

Dejó en el cofre el precioso librito de cuentas, cerró y fue embrollando las letras. Después de lo cual, Buonaparte volvió a ocupar su sitio normal, siempre heroico y marcial con su perfil melenudo de balcón hambriento.

Al sentarse, Laurent encendió un brasileiro y echó un vistazo hacia la tienda. Precisamente la puerta acababa de abrirse, cediendo paso a un cliente desconocido.

Laurent lo definió en cuatro palabras:

—Tiene pinta de bribón.

Se absorbió en reflexiones. La comedia que desempeñaba desde hacía cinco años empezaba a pesarle. Sombrero de día, fuera de la ley dos noches por semana, tenía ya que elegir y decidirse. Pero ¿cómo?

Poseía ahorros clandestinos en Suiza. Un total de cinco millones, limpios de polvo y paja. Para beneficiarse de aquella fortuna adquirida con muchos sudores, le habría gustado retirarse. Pero retirarse al *dolce farniente* a los treinta y cinco años, podía inspirar sospechas.

Vendiendo sombreros, la jubilación llegaba a los ochenta años. Para salvar las apariencias, Laurent se veía obligado a seguir siendo un tendero relativamente modesto, cuando soñaba con Copacabana, un «Cadillac», joyas para su buena esposa Norma y una pensión monetaria jugosa que permitiese a Fred y a Chantal vivir

libremente, a condición de estudiar, mejorar, llegar a ser personas honorables, sin agobios económicos.

Suspiró. El problema no tenía solución inmediata.

—Un señor pregunta por usted. Personalmente, en privado.

Respingó, mirando a Sandra revestida de un discreto traje gris de cuello alto. No quedaba nada en ella de la pulposa Sandra de la noche anterior, la Sandra que encandilaba a senadores y banqueros.

Sandra, empleada modelo, aguardaba respetuosamente en el dintel.

—Que pase.

El visitante entró. Desde cerca, todavía tenía más pinta de hombre duro, sin escrúpulos. Macizo, de tez macilenta, mal afeitado, traje chillón a cuadros, y cubierto con un *trolés* repulsivo, viejo, abollado. Zapatos agrietados.

Señaló Laurent una silla. El desconocido se sentó. Su labio inferior colgaba, y sus grises ojos eran taladros.

Regis Laurent, que se complacía en catalogar mentalmente a las personas, en rápidos vistazos, afiló al sujeto en el gremio policial oficial o privado.

Inmediatamente, sintió una gran inquietud interior.

No todos los policías eran sicólogos, amables, cordiales, como Ben Gazzara en «Arresto y Juicio». Empezó a sudar. Arresto y...

El desconocido se quitó el sombrero, dejándolo sobre la mesa.

Laurent reprimió una exclamación de asombro.

La cosa que acababa de descubrir el sombrero viejo era un cráneo. Pero ¡qué cráneo!

El más blanco, el más desnudo, mondo y lirondo que jamás viera Laurent en su existencia. Un cráneo esferoide, cuyo aspecto recordaba, tanto por el color como por la estructura, un huevo de avestruz.

Con una diferencia. El huevo de avestruz hubiese parecido cabelludo, comparado con aquella esfera, en la cual una adivinadora hubiese gustado de leer el porvenir.

El cráneo prototipo, el cráneo perfecto.

Experimentando la fascinación de aquel globo ideal, Laurent notó que su cerebro estaba como paralizado. Como hipnotizado.

Al precio de un violento esfuerzo mental, logró apartar su mirada de aquel insólito objeto liso, pulido, albo.

—¿En qué puedo serle útil, señor?

Lo de «señor» era solamente para hacerle declinar su identidad al hombre del cráneo.

—Por ahora, mi nombre no le aclararía nada.

La voz se parecía al cráneo. Redonda, lisa, blanca, sin matiz, sin la menor inflexión reveladora del estado de ánimo de su dueño.

Cráneo y voz daban la impresión de haber sido fabricados por computadores inteligentes.

Por un instante, extraviada la mente, Laurent se imaginó que el visitante era un marciano acudiendo a hacerle un pedido importante de sombreros. La idea le hizo sonreír.

—La primera vez, esto sorprende —dijo el visitante, dándose con el índice en el cráneo—, pero luego la gente se acostumbra, como me acostumbré yo. Tuve fiebres tifoideas, tifus, en el cuartel. Serví en Caballería, En Saint-Quentin. No por gusto, sino por narices. Así es la vida...

Sin saber qué responder, tendió Laurent el cofrecillo, con tabaco. El calvo se dignó aceptar un brasileiro. Lo encendió en el «*Ronson*» de mesa, lanzó una extensa bocanada al techo y expuso:

—Salí de presidio anteayer. Cumplí cuatro años.

Inmediatamente, se tranquilizó Laurent.

Al no pertenecer a la policía, el visitante se convertía en un ejemplar raro, una curiosidad. Y sus palabras acababan de explicar el motivo por el cual su tez era tan blancuzca.

—Las pasé moradas. Tuve apuros: Muchos disgustos y fastidios. Pero, lógicamente, esto a usted no le interesará.

Hizo Lauren un vago ademán que a nada le comprometía.

El Cráneo prosiguió:

—Antes de que me detuvieran, yo tenía una novia. Muy guapa. Su nombre no viene al caso. Usted se preguntará cómo una mujer puede ser novia de un cráneo como el que luzco. Parece ser que con peluquín de cantante melódico, no quedo mal.

Y todo lo expresaba con tono monocorde, como recitando lecciones dictadas por una máquina. Sus grises ojos permanecían clavados como puntillas aceradas en Laurent.

—Tengo que explicarle lo que es vivir en presidio. Uno se aburre prodigiosamente. Principalmente, los que como yo tienen un temperamento muy activo. Por consiguiente, he decidido no volver más a presidio. Para ello, sólo existe un medio. Dedicarme a una actividad honrada.

—Tengo que advertirle que la sombrerería en los tiempos actuales carece de porvenir y no tiene presente...

—Perdón, perdón, no nos confundamos. La perspectiva de pasarme ocho horas tras un mostrador o un despacho no me produce gran entusiasmo. No enfoco, ni mucho menos, un empleo cualquiera, de poca monta. Concibo más bien lanzarme a los

negocios de envergadura, y he venido a pedirle primeramente una subvención, luego una asociación.

—¿Una... asociación?

—Para empezar, usted me dará cien mil francos. De los actuales. Inmediatamente, invertiré treinta mil en su negocio convirtiéndome así en su socio. Los setenta mil restantes se los iré reembolsando ulteriormente, desquitándolos de mis ganancias.

Primero estupefacto, pronto se rindió Laurent a la evidencia: era víctima de un bromazo pesado.

Aquel cráneo era postizo, y el hombre era un actor reclutado en cualquier teatrillo de Montmartre por Gerard o por Fred, únicamente para divertirse a su costa.

Decidió jugar la broma hasta el final, para obligar al comediante a desenmascararse.

—Veamos... Si no he comprendido mal, yo le doy una determinada cantidad, de la cual me devuelve casi un tercio, lo cual le convierte en mi socio.

—Esta es la base.

—Y en contrapartida, ¿qué aporta usted? Porque supongo, ¿no es así?, que algo tiene que ofrecerme a cambio.

—Le ofrezco el silencio.

—¿El silencio?

—No cualquier clase de silencio. Sino mi silencio.

El visitante no se desconcertaba en nada ante la ironía fácil exhibida por Laurent, que empezó a incubar una nueva inquietud.

El hombre era posiblemente un loco evadido de algún manicomio. En tal caso, era preciso llevarle la corriente.

—¿Qué entiende usted exactamente por su silencio?

El humo de los tabacos, perezosamente, ondulaba hacia el techo, diluyéndose en azul, blanco y en nada.

El Cráneo anunció:

—Mi silencio es inapreciable para usted, no tiene precio, vamos. ¿Me comprende?

—Me temo que no.

—En otros términos, conozco cosas que a usted no le gustaría fuesen transmitidas a la policía. Y se las vendo. Más exactamente, se las cambio contra una participación en sus actividades nocturnas y extrarradiales.

Repitió lentamente:

—Nocturnas y en el extrarradio.

Sopló humareda, y agregó:

—¿Qué tal, Víctor?

Esta vez, Régis Laurent rechazó definitivamente sus dos primeras hipótesis. La evidencia le apareció clarísima, siniestra.

El Cráneo era un maleante chantajista.

Para sondear al Cráneo, fingió la reacción indignada:

—¿Qué pretende usted insinuar? ¿Acaso se atreve a dejar entender que mi sombrerería...?

—Su sombrerería es pura filfa, tapadera y mascarita. Le hablo de su garito clandestino.

Bajo los ojos de Laurent, el Cráneo se inflamaba, engordaba desmesuradamente como un globo antes de ascender, alcanzando proporciones gigantescas.

El Cráneo iba a estallar.

Cerró los ojos, pasándose la mano por la frente. Cuando miró de nuevo, el Cráneo tenía sus dimensiones naturales. Había sido una alucinación, creada por el choque emotivo. Intentó todavía luchar:

—Señor, sus insultantes insinuaciones...

—Ni yo soy señor ni usted tampoco. Mañana noche, cien mil francos. Naturalmente, en efectivo, en líquido. Y nada de trampas, porque soy de naturaleza desconfiada.

Al perfilarse en su mente un plan, Laurent fingió rendirse:

—Me será difícil en veinticuatro horas agenciarme una cantidad semejante en billetes.

—Todavía no llevó al Banco los ingresos de anoche.

El Cráneo, sin la menor ostentación, demostraba poseer informaciones de primera mano.

«He sido traicionado», pensó Laurent, preguntándose inmediatamente de dónde podía proceder la traición. ¿Su cuñado Gerard? Descartado por completo. ¿Alguien del personal? ¿Tal vez Forez, el del monóculo?

—¿Cómo ha podido usted enterarse?

El Cráneo cabeceó, lo cual podía pasar por ser una crisis de hilaridad contenida.

—Antes ya le expliqué que tuve una novia, hace cuatro años. Anteayer, apenas salí de presidio, fui a encontrarla para reanudar la cosa. Pero esta mujer, a la que yo enseñé todo lo importante en la vida, quiso echarme, diciéndome que se las componía muy bien ella solita. Pero yo soy de un carácter terco, persuasivo... Me fumaría otro de estos excelentes cigarros. Gracias. ¿Habano?

—Brasileños. O sea que usted obligó a la joven...

—Obligar, obligar es mucho decir. La persuadí. La convencí para que me dijese en qué condiciones trabajaba y a qué se debía su prosperidad. Me explicó que hacía tiempo ejercía bajo las órdenes

de usted las funciones de croupier en un casino ambulante, o mejor dicho, variando por períodos de alojamiento. Trabajo fácil y bien pagado, que además le proporcionaba magníficas relaciones. No me fue preciso mucho tiempo para elaborar el proyecto de asociación a partes iguales que le he propuesto. Como usted ve, es de lo más sencillo.

—De tan sencillo, es infantil, en efecto. ¿Y cuál es el nombre de esta maldi... de esta jovencita?

—Ella me pidió ansiosamente que la mantuviera en el más riguroso incógnito. Simple medida de prudencia, de la cual no sería justo que usted se ofuscara.

—En resumen, ¡es un cochino chantaje!

—Le ruego que no se deje arrebatar por la iracundia. La palabra chantaje es preciosa. La adoro. Procede de la raíz «chanfre, chantibus, cántico, cantar». Si se añade el calificativo «cochino» destruye usted toda la armonía del término.

—¡Oiga! No me va usted encima a endilgar un curso de semántica, ¿no? Lo suyo es chantaje, y particularmente innoble, vil, repugnante, infecto, pestilente.

Al no encontrar más epítetos, se calló, resollando fangoso.

El Cráneo vino en su ayuda:

—Le sugiero algunos adjetivos más: pútrido, monstruoso, abominable y nauseabundo.

—¡No le daré ni cinco! Además, voy a avisar a la policía. Lo detendrán, le devolverán a presidio.

—De ahí salgo, sé lo que es y no me despepita. Pero reflexione un poco... Por cierto, este carioca aromático es un cigarro delicioso. En presidio fumaba colillas. Fumamos, vaya. Medite que, si me hace detener, no hablaré, no. Chillaré, berrearé todo lo que sé. Y la policía hará una investigación.

—No encontrará pruebas. No las hay.

—Es posible, aunque ciertos testimonios podrían ser oídos en contra de usted. Pero admitamos que la policía no encuentre por dónde meterle mano... De todos modos, se vería obligado a interrumpir sus sesiones de juego. ¿Consecuencia? Pérdida clara para usted. Dejando aparte un detalle final... Siempre me quedará el recurso de hacer cantar a sus clientes, de los cuales, la mujer en cuestión me ha remitido una lista que supongo completísima. Senadores, políticos, banqueros... Si les visito, se imaginarán que es usted quien me ha facilitado sus identidades. ¿Se da cuenta de la enojosa situación en que me obligaría a zambullirme?

Al costo de un esfuerzo descomunal, logró Laurent distender sus

músculos, que tenían propensión a impulsarle a entrar en actividad descargando toda clase de golpes, limpios y menos limpios.

—Bien, bien... Tendrá usted sus cien mil.

—Ciento cincuenta mil.

—¿Cómo?

—Ahora ha subido la tarifa. Horripila a mi sensibilidad que me amenacen. Digamos que, por esta vez, será un leve impuesto.

Regis Laurent Corsi, hombre positivo, estaba sin embargo a punto de ver en el Cráneo a la viva encarnación de Satán.

Se veía domado, amarrado, a la merced del desconocido. Resolló:

—¿En billetes de a mil?

—Como usted quiera. No me parece mal. No harán demasiado bulto y cabrán en sus bolsillos y luego en los míos. ¿Cuándo nos vemos y dónde? ¿Mañana, a la medianoche, en su casa?

—¡No, no! Sería mejor que nos viéramos en las afueras... Por ejemplo, en la avenida Ornano, de Vitry-sur-Seine...

—Conozco la dirección. Y vuelvo a hacerle una cordial advertencia. Soy desconfiado. Muy desconfiado. Y mi corta, pero intensa experiencia del oficio me ha demostrado que solamente los chantajistas circunspectos mueren en las camas, de longevidad. Una decrepitud a la que aspiro. Créame. No intente engañarme. No intente creerse mas tunante que yo.

El Cráneo se levantó, recogiendo su sombrero informe. Lo miró.

—Oiga, mi estimado socio, en prueba de amistad, me va usted a encasquetar un sombrero decente.

—No faltaría más... Es fácil... ¿Tiene la bondad de seguirme?

Por un instante, recuperado por la rutina, Laurent condujo a su extraño visitante a la tienda.

El Cráneo produjo en Sandra un efecto notable. Se retorció, volviendo la cara para no delatar la hilaridad que le producía el nuevo cliente.

Laurent inquirió cuáles eran las preferencias de su nuevo socio. El socio prefería lo que hubiese de más caro.

Le mostró Laurent una serie de Borsalinos de importación exclusiva.

Y el Cráneo, recubierto con un impecable y señorial ala corta, castor gris, indeformable, flexible, abandonó la tienda.

En su despacho, Laurent, tras abrir varios cajones, encontró lo que buscaba. Una espléndida automática, 155, azul-negra que reposaba allí hacía cerca de un año.

El objeto tenía su historia. Encontrado un día en un taxi por

Sandra, y olvidado en el cajón, volvía nuevamente a ser promocionado al rango de revólver legítimo.

Comprobó Laurent el funcionamiento de culata y muelles. Contó ocho balas en el cargador y, emitiendo un chasquido de lengua que expresaba su satisfacción, marcó números en el teléfono.

Su cuñado se puso al aparato.

—Hola, Gerard, Es preciso que te vea inmediatamente.

—Oye, no será tan urgente, supongo. Podemos vernos luego.

—No, precisamente no podemos vernos luego, sino ahora, inmediatamente, en la tienda. En seguida, ¿te enteras? Es grave.

—Voy.

Poco después, ya al corriente de la novedad completa, Gerard enfocó al instante la misma solución que Laurent. Una solución definitiva. La expresó rotundamente.

—Un chantajista es un bicho insaciable. Hay que liquidarlo.

—¿Cómo lo planeamos?

—Tú te quedas en tu casa mientras yo iré a esperar al Cráneo en el jardín de Vitry-sur-Seine. No te preocupes por nada. Déjame el asunto a mí.

—Te lo agradezco.

—Soy yo el agradecido. Pasaba casi hambre, cuando tú me ofreciste participar en el negocio.

—¿Tienes revólver?

—No.

—Toma éste y me telefoneas apenas quede liquidado el asunto.

—De acuerdo. Bueno, recuerdos a Norma. Y un abrazo a los chavales. Chau.

CAPÍTULO V

Aquella noche, la familia Laurent, por una vez reunida, contemplaba la televisión. Mientras en la pantalla desfilaban atracciones, cada miembro de la tribu se concentraba sobre su pequeño problema personal, cuando el artista actuante no valía la pena.

Por el momento, la actuante era una *prima donna*, de buena salud y estridente gorjeo.

Laurent, el cabeza de familia, pensaba que en aquellos instantes, su cuñado, revólver en mano, aguardaba en las tinieblas de la casa de Vitry-sur-Seine la llegada del chantajista.

La supresión del elemento indeseable tendría lugar a la medianoche. Y Régis recibiría una llamada telefónica hacia las cero y diez, anunciándole que el asunto había tenido buen fin. Fiaba por completo en Gerard.

La locutora, con muchas sonrisas y melindres anunció a un famoso *chansonnier* satírico. Régis Laurent se arrellanó mejor en su sillón, dispuesto a darse una panzada de risa.

El artista, superelegante, delicadamente embutido en traje azul claro y camisa de encajes, anunció:

—No sé si se habrán dado cuenta, compatriotas, pero nuestro grande, grandísimo Charles, con magnífica oratoria, nos ha prometido bajada de impuestos y subida de sueldos, con ascensión del poder adquisitivo...

Fred Laurent apretó los dientes. Le crispaba el sistema nervioso aquel viejo teñido, que además se creía gracioso.

El cantante nativo de Montmartre proseguía, muy satisfecho:

—...y apoyándome en el recio cerebro del ministro Pompom, se me ocurrió el título de una cancioncita que finalmente, con gran humorismo irónico de primera, he titulado: *Gloria a Chachá, Pompom*.

Asqueado, Fred contempló a su tío. Como era de esperar, el tío Régis se retorció en convulsiones de risas. Valiente ingenuo... ¿Es que no era ya lo bastante fósil para no saber que los *chansonniers* eran pagados por los políticos?

Fred dejó de mirar y oír, para meditar. El asalto a la sombrerería estaba señalado para aquella misma noche a las dos y veinte. Cita con Bob en la plaza de la Opera.

Poseía un duplicado de las llaves de la tienda, pero no la de la combinación del cofre, ni un arma digna de este nombre. Consultó su reloj. Sentíase nervioso y febril. Pero todo saldría de perlas. Estaba seguro.

Estaba, seguro, ahí dentro, en la confortable penumbra del salón.

Norma Laurent, fijos los ojos en la pantalla que no veía, rumiaba preguntas que no se atrevía a formular desde hacía años. Cinco exactamente.

¿Por qué Régis se ausentaba dos noches por semana, con el fútil pretexto de renovar el surtido de sombreros en almacenes abiertos de noche por el «cinturón de París»?

¿Por qué Fred, que lo tenía todo para ser dichoso, estaba permanentemente en rebelión contra su tío Régis, que era para él casi mejor que un padre legítimo? Posiblemente, las malas compañías estaban ejerciendo influencia perniciosa.

También podía ser el culpable ese tal H. Marcuse, con libros de filosofía demoledora. Posiblemente, ese Marcuse sería un jovencito alocado.

¿Por qué Chantal, que días antes se echaba a llorar pronto, sin motivo aparente, se mostraba ahora tan animosa, feliz y reservada?

Al quinteto de aulladores frenéticos llamados *Tup well Tep*, siguió el cartel anunciando la emisión: *Cultivemos nuestra cultura*. Produjo el efecto previsto. Varias manos se adelantaron, llegando primero la de que apagó la televisión.

Bostezando, declaró:

—No sé lo que me pasa, pero me siento fatigado.

—Trabajas demasiado en la tienda —dijo Norma, con malicia.

—Eso será.

Dirigiéndose hacia la puerta, preguntó:

—¿No te acuestas?

—Es pronto aún, o mejor dicho, aunque sea tarde, me quedan todavía varias hileras de punto búlgaro —y mostró sus agujas, que enhebraban incansablemente jerséis, calcetines y bufandas.

—Bueno, pues buenas noches a toda la patulea.

Salió. Y entre dientes, murmuró Fred:

—Duerme, duerme. Mañana te caerás muerto de la sorpresa.

—¿Qué dices, Fred? —quiso saber Norma.

—Nada de particular. Recordaba una frase del texto de Humanidades Exactas. Voy a acostarme. Mañana tengo examen escrito, y he de estar en forma.

—Muy bien hecho, Fred. Duerme bien, niño.

—Oye, yo te quiero mucho, ¿sabes, tía? Pero ya sería hora de que te dieras cuenta de que no llevo pañales, repámpanos. Niño por aquí, niño por allá... Qué niño muerto ni niño...

Y farfullando, se fue Fred. Tía Norma sonrió, benévola.

—Este muchacho es hosco en apariencia, pero es puro bizcocho por dentro.

Chantal abandonó su sillón y vino a sentarse en la alfombra, reclinando su cabeza en las rodillas de la mujer a la que estimaba como a una madre. Y a la que llamó así, desde temprana edad.

—Soy feliz, madre. Quiere casarse conmigo. Se llama Nic. Quería venir a ver a tío Régis hoy, pero a última hora tuvo un compromiso, ya que en su casa había cena de gala. ¿Crees que tío Régis no se opondrá a que me case con Nic?

—Tanto él como yo solamente deseamos una cosa Chantal. Tu felicidad. Pero claro, primero no estaría de más que conociéramos a ese muchacho ¿no crees?

—Te gustará. Verás como te inspirará afecto. Es bueno, es guapo, es maravilloso...

La quietud de la casa fue truncada repentinamente... Alguien, fuera, agitaba la campanilla de la verja.

Extrañada, murmuró Norma:

—¿Una visita a estas horas? ¿Quién podrá ser?

* * *

Régis Laurent en pijama, batín y zapatillas, sentado en la cama, fumaba contemplando vagamente el reloj de sobremesa, adornando la repisa de la chimenea.

Una pieza maciza, de Orfebrería corsa, época Buonaparte, de unos cuarenta centímetros de alto por treinta de ancho, y un peso aproximado de quince kilos.

El cuadrante estaba flanqueado por dos figurillas en bronce, esbeltas ninfas que debían representar el Amor y la Meditación, a menos que no fuese la Soberbia y la Pereza.

Fabricado un siglo y medio antes en alguna aldea montañosa de Córcega, tenía un péndulo afiligranado y caprichoso. El mecanismo a veces atrasaba minutos, otras adelantaba horas.

En aquel instante adelantaba su buena media hora.

En el cuadrante de blanco esmalte resaltaban las recias agujas y las cifras romanas en relieve rotundo.

Al comprarlo, dos años antes, Laurent había lamentado que el artífice no hubiera pensado en proteger el cuadrante con un cristal

abombado.

Respingó, arrancado de sus meditaciones. Llamaban a la puerta. Era Chantal.

—Tío Regis, hay un señor que quiere verte. Dice que es muy importante.

—Voy allá.

Los pensamientos de Laurent adquirieron un giro inquietante. ¿Y si el Cráneo, abandonando su primer proyecto, hubiese ido a explicarlo todo a la policía?

Apretándose el cinto del batín, bajó las escaleras. La puerta de la sala estaba abierta, y pudo a simple vista recibir el impacto del desastre, al reconocer el Cráneo.

Se hallaba arrellanado en el mejor de los sillones, fumando, y diciendo con gran cortesía a Norma:

—Reitero, señora, que su sala está amueblada con un gusto exquisito. Sí, sí, insisto. Exquisito.

—¿Acaso es usted decorador? —sonrió Norma, halagada.

—No, pero, de todos modos, amo las artes. Soy profesor de canto.

—¡Qué interesante...! Bien, he aquí a mi marido. Les dejo solos.

De muy mal humor, Regis Laurent se sentó frente al Cráneo. Gruñó:

—¿Qué hace usted aquí?

El cráneo pulido reverberaba la luz eléctrica. Su apariencia adquiriría una forma sobrenatural. La voz seguía siendo monocorde.

—He venido un poco antes de la medianoche, únicamente para evitarle un viaje a Vitry-sur-Seine. Aparte de que estoy más a gusto en esta casa entre los agradables miembros de su familia.

—Le ruego que no mezcle a mi familia en sus sucios tejemanejes. Hay que tener algo de decencia, amigo.

Y pensar que Gerard esperaba al Cráneo en Vitry. Revólver en mano. Era preciso llevarle allí, fuera como fuese.

—Precisamente, como puede usted ver, me disponía a vestirme para ir allá.

—Pues se ahorrará la molestia, ya que estoy aquí.

Un razonamiento de aplastante lógica. Proseguía el Cráneo:

—Bastará con que me entregue los billetes, y podrá dormirse tranquilamente antes de diez minutos.

Laurent, a quien todos los juegos de azar le eran profesionalmente familiares, comparó su situación con la del jugador de poker que farolea a la inversa.

Se trataba de hacer creer al otro que no se tenía juego, estando

servido con escalera al as. Faroleó:

—Es que hay una pega. Si le señalé la cita en Vitry, no aquí, fue por el fundamental motivo de que mi dinero está allá, y aquí no tengo ni siquiera mil francos.

Por vez primera, el Cráneo se hendió en sonrisa, y Laurent, fascinado por aquel espectáculo nuevo, comprendió que su farol no había dado resultado.

Tras sonreír el Cráneo manifestó:

—¿Es que me toma por un monaguillo, socio? Está equivocado. No lo soy. Pruebas al canto. Estuve anoche en Vitry acechando su salida, y le vi en compañía de su cuñado, el llamado Patric allá, Gerard aquí, abandonar la casa, llevando un maletín.

—Mi ropa de aseo.

—No sea imbécil, ¿quiere? Contenía los billetes correspondientes a las apuestas. Eran las cinco de la madrugada. Dudo que a tal hora pudiese usted depositar los billetes en un Banco. Estuve hoy en su tienda, usted llegó sin el maletín. Venía directamente de aquí. Por consiguiente, el dinero está en esta linda casita tan maravillosamente instalada en el recoleto y tranquilo barrio de Saint-Cloud.

Laurent notó un latido nervioso aletear en uno de sus párpados, sin poder precisar en cuál de ellos.

El Cráneo proseguía su exposición:

—Además, su insistencia en citarme a medianoche, en un sitio aislado, no me pareció correcta entre caballeros. Tengo el palpito de que me preparó allá una cariñosa emboscada, de la que yo habría pagado el pato. De ahí esta visita mía, inesperada.

Laurent se frotó las manos para secarse el sudor de las palmas. Alzó los hombros, resignado.

—Usted gana. No se mueva. Voy a buscar el dinero.

¿El Cráneo picaría el anzuelo? Lo mordió.

—No es desconfianza, pero prefiero ir a recoger el dinero con usted. Es solamente para prevenir el caso de que telefonease usted y alguien acudiera a esperarme a la salida.

Retuvo Laurent el suspiro de alivio que estuvo a punto de emitir.

—Ya que insiste... Sígame, pero no haga ruido. Todos duermen en el primer piso.

Seguido por el silencioso Cráneo subió las escaleras.

Pisando quedamente, rebasaron la puerta tras la cual dormía Norma, y entraron en la habitación de Regis Laurent. Este cerró suavemente la puerta, y se llevó el índice erecto a los labios.

El Cráneo asintió, arqueada una ceja irónicamente Susurró

Laurent:

—Siéntese.

—Gracias.

Y el Cráneo se extendió en la cama.

Laurent miró un instante con inmenso odio a aquel individuo que quería aniquilar toda una vida de honradez, y llevar la desgracia a una familia.

La cárcel para Regis, la muerte de pena para Norma, prohibido el acceso a las escuelas de calidad para Fred y ya no había boda posible para la desafortunada y romántica Chantal.

Rezongó el Cráneo:

—¿Y bien, qué pasa? ¿Los ciento cincuenta mil del ala son para hoy o salen mañana?

—Un segundo. ¿No desea tomar una copita de algo?

—No, gracias. Me sienta mal el arsénico.

—Juzgo algo desplazado su sentido del humor.

—Oiga, acelere o chillo.

—¡No, no, nada de bulla! Mi mujer es muy impresionable, mi sobrina tiene el sueño ligero, y mi sobrino está repasando sus lecciones. En seguida le doy el dinero.

Ya no era tiempo de más rodeos, sino de actos. Sin pensarlo más, Laurent se aproximó a la chimenea, cogió con ambas manos el reloj artístico, sosteniendo con la diestra el Amor, y con la zurda, la Meditación.

Girando un poco el rostro, invitó:

—Ayúdame. El dinero está detrás, en la repisa.

El Cráneo se aproximó, sin desconfianza. Un blanco ideal.

Laurent esperó que estuviera a su alcance y, en un solo impulso, le abatió sobre la cabeza el reloj de quince kilos.

El péndulo eligió aquel preciso instante para graznar sordamente la una.

El impacto del cuadrante sobre el Cráneo hizo un leve ruido seco, comparable al de un martillo sobre un coco.

Ding, ding, ding, canturreó el péndulo.

En el suelo, el Cráneo exhibió un movimiento convulsivo y se inmovilizó definitivamente.

CAPÍTULO VI

El péndulo dejó de gemir. Laurent volvió a colocar el reloj, una obra de arte, en la pared, en la repisa, examinándolo con solicitud.

El cuadrante había sufrido un poco. Tenía una grieta. En cuanto a las manecillas, se habían incrustado en el esmalte, dada la violencia del choque.

Chasqueó Laurent la lengua, apenado:

—Es fastidioso... Me costará mucho encontrar una esfera semejante, tan finamente trabajada...

Llamaron a la puerta. Reconoció la voz de su esposa:

—¿Qué sucede, Regis? He oído ruido...

Se abalanzó a la puerta, adosándose a ella.

—No es nada, querida. El reloj que estuvo a punto de caerse, pero lo retuve a tiempo.

La manilla de la puerta se agitó. Norma quería comprobar la magnitud de los daños. Rápidamente, con suavidad, cerró Laurent con llave, y dijo:

—Un instante, querida...

Norma no debía ver el cadáver. Era preciso esconderlo y pronto. Examinó su cama. Demasiado alta. No se podía esconder nada allí debajo.

Miró hacia la puerta de comunicación, la abrió sigilosamente, y cogió al muerto por los tobillos, echándolo a la habitación de su esposa.

Cerrando, fue a abrir la otra. Norma entró, inquieta.

—Te has hecho daño. Estoy segura, segurísima que te has hecho daño, y por esto tardaste, porque no quisieras decírmelo.

—No, mujer, no.

—El reloj te cayó sobre el pie.

—No, mujer, no.

Tuvo que demostrar la perfecta validez de sus pies. Ya tranquilizada sobre la indemnidad de su marido, Norma se interesó por la del reloj.

—¡Se agrietó el cuadrante, qué pena! ¡Y las agujas! Ya no andaré más tu reloj, cariño.

—Andaba cuando quería, de todos modos.

—¿Quieres que te dé mi despertador?

—No, querida, gracias.

—Pero ¿cómo pudiste exponerte a recibir encima este peso? Bien, no pasó nada, por suerte.

Laurent vio con ansiedad cómo Norma se dirigía hacia la puerta de comunicación. Dijo apresuradamente:

—Fue al querer darle cuerda, fíjate, ¡ven...! y te enseñaré cómo pasó.

Quitó ella la mano del abridor, y se dejó llevar hasta la chimenea. Cogió Laurent el reloj, y lo atrajo, inclinándolo.

—¿Ves? Al querer coger la llavecita en mi bolsillo hice un movimiento torpe, y se cayó. Por suerte...

Norma ya se había enterado suficientemente y estaba ante la puerta tras la cual se encontraba el difunto Cráneo.

Trabado con el reloj, Laurent perdió un precioso segundo, que Norma aprovechó para entreabrir puerta.

Se precipitó Laurent hacia su esposa:

—¿Te vas a ir así, sin un besito?

Nuevamente soltó ella el pomo, y, enlazándola, tras besarla cariñosamente, la llevó hacia la puerta del pasillo. Norma preguntó, de pronto:

—¿Y el joven?

—¿Qué joven?

Hacía tiempo que pensando en el Cráneo solamente consideraba como un cráneo. Y se dio cuenta, con sorpresa, de que en efecto el chantajista era joven. Unos veintiséis años.

—Me refiero al joven calvo que estaba en la sala contigo. ¿Se marchó?

—Sí que se marchó. Definitivamente.

—¿Para qué vino a visitarte a una hora tan tardía?

—Pues resulta... que era un colega. Un sombrero de Burdeos, que vino a hacerme una visita amistosa. Quería proponerme una asociación.

—Creí que era profesor de canto.

—Bueno, también. En una coral de Burdeos... es su hobby, ¿comprendes?

—Es simpático. Deberías invitarle a cenar, una de estas noches.

Desde hacía diez minutos, los nervios de Laurent estaban siendo sometidos a tensiones, pellizcos y zurriagazos.

Dominándose, empujó suavemente a su mujer hacia la puerta.

—Cuando vuelva a verle le invitaré de parte tuya.

—¡No, no! De parte tuya, Regis. Tú eres el amo siempre.

—De acuerdo, de acuerdo, paloma mía. Buenas noches.

Cerró la puerta número uno, se abalanzó hacia la dos, la abrió,

cogió al Cráneo por los sobacos, y en esfuerzo sobrehumano lo arrastró hacia su cuarto.

En el mismo instante en que Norma encendía la luz en el suyo.

Viendo a su marido inclinado sobre la alfombra, se extrañó.

—¿Qué haces?

Con el pie, empujó Laurent un brazo que estorbaba para cerrar el batiente.

—Perdí esta mañana un gemelo, y miraba si por casualidad no había rodado hasta tu cuarto.

—Voy a ayudarte.

Atrajo Laurent la puerta.

—¡Seré tonto! Ya sé dónde está. Buenas noches, querida.

—Buenas noches, mi amor.

Cerró con llave. Fue también a cerrar la del pasillo, y se sentó en la cama.

Buscando cigarrillos en el cajón de la mesita de noche, resopló:

—Vaya noche... En fin, pudo ser peor.

Dedicó una mirada furiosa al cadáver. La primera.

El cuerpo, después de los traslados y arrugado en la alfombra, presentaba más bien aspecto de fardo de trapero que el de un cadáver.

Hasta su cráneo desaparecía bajo el faldón vuelto al revés de la americana.

Levantándose fue Laurent a colocar el cuerpo de su víctima sobre la espalda, en una postura más acorde a la dignidad de su estado.

Miró el cráneo y lanzó una imprecación.

Aquello no había sangrado, pero por un fenómeno natural de repujado, el cuadrante, las cifras en relieve y las agujas se habían impreso profundamente en el blanco cuero carnos.

El Cráneo marcaba la una nocturna.

Que podían ser también las trece diurnas.

* * *

Regis Laurent llamó por teléfono a Vitry-sur-Seine. Por prudencia hablaba muy bajo, y la telefonista de guardia le hizo repetir el número.

Finalmente, Laurent reconoció al otro extremo del cable la voz de su cuñado.

—¿Quién, diga?

—Laurent. Es preciso que vengas inmediatamente a Saint-

Cloud.

—¡Qué...! ¿Cómo? Estoy helado de frío hace rato en este maldito jardín, oigo timbrazos, y ahora me llamas... ¿Qué significa este trastorno de nuestro plan?

—Significa que ha habido cambios, y que has de venir al instante mismo. Deja tu coche a alguna distancia de casa, para que nadie te oiga venir. No llares. Dejo las puertas abiertas. Te espero en el comedor.

Volvió a insertar el aparato en su horquilla. Escuchó. En la casa reinaba una quietud absoluta.

En cuanto al Cráneo, ya no haría ruido nunca más.

Laurent le dedicó unos pensamientos de lástima. El Cráneo había sido un ser inteligente, hasta culto y todo, y si hubiese encauzado sus facultades hacia una profesión honorable, habría podido aspirar a los destinos más elevados.

Pero al entrar por la senda del crimen, había encontrado su justo castigo. El delito, el crimen, nunca producen beneficio.

Arrodillándose, exploró Laurent los bolsillos de su víctima. Leyó con interés el documento de identidad.

En vida, el Cráneo se había llamado Didier Ledrol, nacido en París, distrito 19, el 13 de enero de 1939.

Como profesión indicaba: Oficinista.

La cartera de Ledrol contenía varias fotos en color sonrosado de Ann Margret, dos billetes de cien, uno de diez, y una breve misiva amorosa, firmada «Belita».

En los bolsillos, un pañuelo, billetes de metro, una mirada sucia de cine y un cuchillo de muelle.

Laurent lo depositó todo en el cajón de la mesita. Abandonó silenciosamente el cuarto, cerrando desde fuera. Bajó, y, atravesando el jardín fue a abrir la verja.

De regreso a la casa, cuya puerta dejó también abierta, se instaló en el comedor, fumando un tabaco que pronto apagó, al no encontrarle el sabor habitual.

La oscuridad, actuando a modo de sedante lo adormiló.

Despertó sobresaltado, sacudido por un hombro.

—¡Ah, sí...! Hola, Gerard. Me has despertado.

—Ya me di cuenta, ¿Qué pasó?

Para despertarse del todo, Laurent se sirvió coñac. Y en la penumbra, inclinado hacia su cuñado, le explico brevemente el drama.

Gerard Murato meditó un instante.

—Hiciste bien en llamarme. Allí, ya tengo la fosa abierta. Por

cierto, que me salieron ampollas. Y pensar que en «la isla» (para los cursos solamente existe una isla en el Universo: Córcega), me deslomé come picapedrero...

—¿Vas a contarme ahora tu biografía?

—Volvamos a lo positivo. La fosa espera a tu cadáver, y lo echaremos en mi coche. Lo enterraré tal como estaba previsto. Todo resuelto. En un principio, creí algo peor. Este tipo era peligroso, con tantas precauciones y desconfianzas... Si no llegas a suprimirlo, nos habría complicado la vida. Bien, felizmente, todo acabó bien. ¿Dónde está el «fiambre»?

—Arriba. No pude bajarlo yo solo.

Gerard Murato bebió una copa de coñac. Dijo:

—Por si acaso, será mejor vaciarle los bolsillos para retrasar su identificación, ya que nunca se sabe el porvenir.

—Ya lo hice. Pensaba encontrar el nombre de la mujer que nos denunció, pero no había nada, salvo una carta firmada Belita... Un diminutivo. De nuestro personal, ¿qué chica crees tú, que pueda tener el apodo de Belita?

Gerard reflexionó en voz alta:

—Veamos... Belita, Belita... ¿La carta no facilita ninguna indicación?

—Ninguna.

—Belita, Belita... Veamos. Tenemos a Sandra, Bárbara, Melia, Gabriela, Lina, Yvonne, Germaine, Diana, Tonia... A ninguna le encaja el Belita. Guarda la carta. Me las compondré para obtener una muestra de la caligrafía de cada una de las chicas y por medio de una sencilla comparación, ya sabremos quién es la delatora.

Una idea repentina pareció acometerle.

—Pero cuando sepamos quién es ella, tendremos que...

—Si, desgraciadamente.

—Es fastidioso. Varios años sin el menor problema de esta clase, y, bruscamente, nos vemos en la obligaron de cepillar a dos... Uno tras otro. No me gusta nada.

—¿Y qué crees? ¿Que a mí me divierte? ¿Un poco más de coñac?

—Una lágrima. Gracias. Toma. Tu revólver. Ya no lo necesito. Por el momento.

Laurent dejó el revólver sobre la mesa. Vacieron sus copas, y subieron al primer piso.

En el pasillo, Gerard, poco acostumbrado a la disposición del mobiliario, se golpeó la rodilla con un bargueño. Emitió un insulto dedicado al inexistente progenitor del bargueño.

—Chhht —silbó Laurent, furioso.

Frotándose la rodilla, Gerard imprecó mentalmente contra los pasillos oscuros y con cajas de madera inútil.

Se abrió una puerta, inscribiendo un rectángulo de claridad en el pasillo.

Apareció Norma, envuelta en su bata de flores rojas sobre fondo malva. Comentó:

—Cariño, ¿por qué no enciendes la luz, en vez de...? Vaya, Gerard, ¡buenas noches! ¡Qué sorpresa!

Un conmutador crepitó, bañando de luz el pasillo. Ambos cuñados permanecieron quietos. Por dentro, muy inquietos.

Se preocupó Norma:

—Espero que Nelly no esté enferma.

—No, no. Es que pasaba por el barrio, y como había luz, me dije: voy a saludarles. ¿Qué tal, Norma?

Se besaron en la mejilla. Laurent sentía hervir dentro del cráneo palabrotas. La bondad de Norma era muy inoportuna aquella noche.

—Oye, querida, ¿por qué no duermes?

—Tenía jaqueca. Iba a tomar unos sellos de «Cerebrinal».

—Eso es. Toma varios. Buenas noches. Gerard y yo tenemos que hablar de cosas importantes.

Norma fue a encerrarse en el cuarto de baño. Los dos cuñados se deslizaron rápidamente en el cuarto de Regis. Cerrada la puerta, respiraron a fondo.

—Oye, Gerard, sin reproches, caracoles. ¿No sabías que había un bagueño?

—De todos modos, tu mujer habría salido. Veamos ese cadáver.

Río con divertido asombro.

—Parece como si se hubiera tragado un reloj.

—No creo que sea éste el mejor momento para bromear. Respetemos a los muertos, ¿no es así?

—Con todo mi respeto, no puedo evitar la idea de que parece que se hubiera tragado un reloj y tuviera la piel del cráneo transparente.

—A veces creo que tu seso es algo infantil, hombre. Venga, ayúdame. Hay que desvestirlo y quitar las etiquetas de su ropa.

Cogiéndole por tobillos y brazos, lo balancearon, hasta dejarlo sobre la cama. La ropa interior no llevaba marca alguna. Quemaron etiquetas de sastrería en el cenicero.

Cartera y documento ardieron en la chimenea. El cuchillo de muelles lo guardó Gerard. Lo enterraría con el muerto. Ya sólo quedaba transportar el fardo en el coche de Gerard.

Regis echó un vistazo al pasillo.

—Todo en calma.

Inclinándose, ambos cogieron el cuerpo, uno por los pies, el otro por los sobacos, alzándolo con esfuerzo, y se dirigieron a la puerta.

Se quejó Gerard:

—Me duele la rodilla.

—Luego te das friegas.

Por el pasillo iniciaban el fúnebre transporte, cuando se inmovilizaron. Se abrió una puerta.

—Dios mío —gimió Laurent.

Hicieron rápida marcha atrás, penetrando en el cuarto en el mismo instante en que aparecía Chantal, los cabellos sueltos, preciosa en su pijama blanco marfil.

Encendiendo la luz del pasillo, miró, sorprendida, y sonrió, radiante.

—Hola, tío Gerard, ¿cómo estás?

Acudía Chantal, y tuvo Gerard que soltar los pies del muerto. Bajo el peso inesperado, Laurent, desequilibrado, dio tres pasos más en rápido retroceso.

Cayó de espaldas en la cama, con el cadáver encima.

Chantal, que no podía ver el interior del cuarto, explicaba:

—No tengo sueño. Iba a tomar un vaso de leche azucarada en la cocina.

Laurent se libró del peso del muerto lo mejor que pudo y, recuperada la posición vertical, fue a empujar más la puerta.

En el pasillo, recomendaba Gerard:

—Hace frío, y aquí estás en corriente de aire. Corre a acostarte, muchacha.

—Pero si hace una temperatura maravillosa, tío Gerard. No tengo nada de sueño. Creo que voy a dar una vuelta por el jardín. Las rosas huelen mejor de noche.

Laurent percibía un vago amago de apoplejía.

—Viniste a ver a tío Regis muy tarde.

—Es que tuve que visitar la clientela hasta última hora.

Resignándose a tener paciencia, Regis Laurent miro al culpable. Aquel cadáver, aquel muerto extendido en su cama.

Le parecía ser la víctima de una macabra broma.

Los dedos diestros del cadáver se movían.

De su garganta surgía un gemido lento, sofocado escalofriante.

Didier Ledrol no estaba muerto.

CAPÍTULO VII

Chantal había regresado a su habitación tras bajar a la cocina.

En pie junto a la cama donde el supuesto cadáver gemía, Regis y Gerard se miraban, desconsolados.

Preguntó Gerard, ceñudo:

—¿No le palpaste el corazón?

—Estaba yo para palparle nada, hombre. Y me parecía tan muerto...

—Bueno, no perdamos más tiempo. Hay que rematarlo y llevarlo a la fosa.

—¿Estás loco? ¿Rematarlo aquí en mi cuarto? Primero lo transportamos, y ya lo liquidaremos del todo en el jardín, en Vitry.

—Como prefieras.

Se asomó Gerard al pasillo. Regresó velozmente, susurrando:

—Tu mujer.

Norma tocó en la puerta, abriéndola a la vez.

Los dos cuñados, sentados en la cama en raras posturas hacían barrera con sus cuerpos ocultando al yacente.

Norma traía una bandeja, que dejó sobre la mesita.

—Pensé que os vendría bien una taza de café, por si tenéis que hablar algún tiempo más... Traje también coñac. Os dejo tranquilos.

Salió satisfecha, complacido su corazón de ama de casa.

Regís se abanicó con la mano.

—Ya que hay café, no nos vendrá mal —comentó Gerard.

—Échale coñac al mío. Dicen que el alcohol, en pequeñas dosis, evita el infarto.

Bebieron ansiosamente. Y Gerard opinó severamente:

—Tienes mal acostumbra a tu gente, chico. Son demasiado noctámbulos, aunque admito que Norma es buenísima, pero vamos... a estas horas, y con el paquete que tenemos encima...

En su abatimiento, le parecía a Regís que nunca lograría ver desocupado su cuarto de aquel intempestivo Ledrol.

Insinuó Gerard:

—Hemos de sacarlo antes que amanezca, ¿no? Vamos.

—Espera. Te explicaré lo que haremos. Voy al pasillo, abro el bargueño normando, y te hago la señal. Tú sales rápido, con el cuerpo de éste a la espalda, y lo echas en el bargueño. Será una etapa. Luego, como la escalera está al lado, ya será más fácil.

¿Preparado?

—Listo. Ayúdame a cargarlo a la espalda.

Ledrol se debatió débilmente, con leve ronquido. Parecía besar la nuca de Gerard, que lo sujetaba con la zurda hacia atrás por el cuello, y con el brazo derecho envolviéndole el talle.

Muy inclinado, resopló:

—Pesa como un muerto, el condenado.

Regis, saliendo, fue a abrir el cofre. Susurró:

—Pssst.

En su salida, Gerard parecía un enorme jorobado.

Uno, dos, tres, seis pasos...

El cuerpo cayó dentro del cofre, cuya tapadera bajó inmediatamente Regis.

Los dos cuñados intercambiaron una ojeada de complacencia.

La puerta del cuarto de Fred se abrió, y el muchacho protestó, malhumorado:

—¡Esto es insoportable! ¡Vaya jaleo! No hay modo de estudiar así... Hombre, hola, tío Gerard... ¿qué tal?

—¡Fred! A tu cuarto y sigue estudiando —ordenó Regis.

Fred alzó los hombros, desdeñoso, y cerró la puerta.

Extraído de su ataúd provisional, el cuerpo quedó doblado sobre la barandilla de la escalera, y se deslizó sin contratiempos hasta abajo.

La travesía del vestíbulo se efectuó lenta, pero sin tropiezos. El aire fresco del jardín reanimó un poco a Didier Ledrol.

Emitió una especie de gruñido.

—¿Y el revólver? —preguntó Gerard.

—Lo dejé en la mesa del comedor.

—Voy y vuelvo.

Enlazando a Didier, desmadejado, notó Regis algo extraño. Su mano diestra soportando el torso de Ledrol, no percibía latido alguno.

Por fin, Didier Ledrol había pasado a mejor vida. Su gruñido fue como el canto del cisne.

La dicha de liberarse definitivamente del cuerpo, sin recurrir a la bestialidad de apuntillarlo, dio tantos ánimos a Laurent, que casi sin esfuerzo logró llevar al difunto hasta el «Simca» que aguardaba en la esquina.

Lo colocó en la alfombrilla del compartimento posterior.

Cerró la portezuela y para reposar se sentó junto al volante. Abriendo la portezuela posterior, Gerard Murato apoyó el cañón en el sitio donde suponía estaba el corazón de Ledrol, y apretó el

gatillo.

La detonación pareció repercutir en Regis Laurent. Se desmadejó, gimiendo:

—¡*Mamma mía!* So animal... Pero si ya estaba...

No pudo seguir. El olor a pólvora y cordita llenaba el coche. Apeándose, tosió, sollozante. Gerard le colocó el revólver en el bolsillo del batín, anunciando.

—Ya todo terminó, hombre. Ya...

En aquel momento, aparecieron por la esquina dos gendarmes, empujando sus bicicletas. Efectuando la ronda por el barrio residencial.

Deteniéndose junto al s Simca», el más alto de los dos preguntó:

—¿Son ustedes los que acaban de disparar?

Enfocaba sobre los rostros una linterna eléctrica.

—¿Nosotros? No. ¿Un disparo? ¿Oíste un disparo, tú?

—No. Pero ¿qué disparo ni qué...?

—¡Ya está! —exclamó Regis, dándose una palmada en la frente—. Ha sido tu tubo de escape.

—Es verdad. Este tubo de escape es un caso.

El gendarme que no había dicho nada, Intervino:

—Podía ser un disparo como también podía ser un petardo del tubo de escape. Pero entonces tiene usted su escape mal ajustado, ya que no debería hacer este ruido.

El más alto manifestó:

—Cuando oímos el ruido, mi compañero dijo: «Toma, parece un disparo...»

Regis Laurent, que ya empezaba a acostumbrarse a los contratiempos, interpelló a su cuñado con voz agresiva:

—¡Ya te dije que hicieses revisar tu aceite! ¿Por qué no lo hiciste?

—¡Es asunto mío! Métete en lo que te importa, ¿quieres?

—Pero es por tu bien. Si te pegan una multa por ruido nocturno te la habrás ganado. Además, ya empiezas a atacarme los nervios, tú. No sé cómo puedo ya contenerme, y no te suelto un par de castañas, so animal.

Se cogieron por el cuello. Los gendarmes los separaron, riñéndoles amistosamente. No estaba bien reñir así, sobre todo a la una y media de la madrugada.

Estaban dispuestos a hacer la vista gorda, por esta vez, pero no se irían, si antes no se reconciliaban ellos dos.

Regis declaró que lamentaba haberse dejado llevar por el genio. Y Gerard le prometió que en lo sucesivo vigilaría el aceite.

Se estrecharon la mano y vieron alejarse a los dos gendarmes.

Secándose el sudor con la manga, aseguró Gerard:

—De esta noche no me olvido yo nunca. Bueno, ahora ya puedo por fin ir a enterrarlo.

—Vete con cuidado. No aprietes demasiado el acelerador.

Regis Laurent cerró la verja suspirando, agotado.

El coche de su cuñado, transformado por la fuerza de las circunstancias en furgón mortuario, se alejaba hacia la sepultura de Didier Ledrol, definitivamente extinto.

CAPÍTULO VIII

Fred Laurent oyó a sus dos tíos bajando las escaleras. Fue a la ventana y escuchó crujir la gravilla del jardín bajo sus pasos.

Supo que tenía por lo menos cinco minutos de tiempo. Pasó con sigilo al cuarto de su tío Regis.

La americana en el «Adán» atrajo su primera intención. En el bolsillo interno, cogió la agenda y la hojeó febrilmente. No había ninguna mención que le permitía suponer que representaba las letras de la combinación que abría la caja fuerte.

Esos viejos tenían manías realmente penosas, de retrasados mentales. ¿Pues no subrayaba el viejo su segundo apellido, Corsi, como si pudiese él mismo olvidarlo?

Y lo subrayaba con tinta roja, el pobre, para recordarlo mejor, y hubiese resultado grotesco... Se dio una palmada en la frente.

Cinco letras. CORSI. Sonrió. Gracias a su talento deductivo, ya tenía la clave.

Volvió a colocar la agenda en el bolsillo, y regresó a su habitación sobre la punta de los pies. Aguardó con impaciencia oír los pasos de su tío Regis, que ya sin tanto sigilo subía las escaleras y se encerraba en su cuarto.

A las dos de la madrugada, detuvo Bob Marin el «Buick» en la Place Louvois y, apeándose, se dirigieron hacia la calle Choiseul.

—Es una delicia la soledad de este barrio a estas horas —afirmó Fred.

Su cómplice caminaba lentamente, echando miradas penetrantes a cada rincón de zaguanes y puertas.

Fred notó en la manera de comportarse de su amigo una especie de vacilación. Le tranquilizó:

—Será como coser y cantar. La clave no me costó mucho adivinarla. Es un buen presagio.

—Yo no creo en los presagios. Verás como saldrá alguna pega, como la otra noche.

—Imposible. Lo he estudiado todo minuciosamente y todo está previsto y cubierto. No arriesgamos absolutamente nada. Es como un picnic en la verde campiña.

—La campiña para los borricos —gruñó Bob.

No había nadie en la calle Choiseul. Se detuvieron ante la Sombrerería Laurent. Bob Marin pensaba con cierta nostalgia en su

cama confortable, en las delicias de ser estudiante sin estudiar, en la generosidad paterna.

Bicocas a las cuales tendría que renunciar forzosamente para vivir la dura existencia carcelaria, si el ceporro de Fred le embarcaba en un lío.

Fred sacó una llave, la introdujo en la cerradura, dos vueltas y empujó la puerta, anunciando triunfalmente:

—¿Ves que fácil? Entremos rápido.

Dentro de la tienda, cuyas cortinas interiores estaban echadas, pulsó el conmutador que encendía una pantalla esquinera, al fondo.

—Ahí está la registradora.

Fred sentíase pleno de sangre fría, de dominio de la situación. Aplicó el índice al azar en una tecla, felicitándose por haber pensado en enguantarse. No quedarían huellas.

El cajón tintineó, abriéndose. Había unos billetes, que trasladó a su bolsillo. Empujó el cajón.

—Ahora, al despacho.

Dentro del despacho, la penumbra era total. Presionó Fred el botón de su linterna eléctrica.

Apareció el teniente Buonaparte, petrificado en su postura marcial, brazo tendido.

Detrás de Fred, Bob emitió un quejido aterrorizado.

—¡Os...tras!

—No es más que un cuadro. Aguántame la linterna. Y fíjate bien en cómo opero.

Dio un negligente toque de índice en una moldura del marco y el cuadro giró sobre sus bisagras laterales.

Se sopló Fred en las yemas, olvidándose que las llevaba enfundadas, y fue dándole vueltas a los botones de letras. Introdujo en el paño la llave confeccionada tras haber impreso en cera la original, y el cofre se abrió.

—Fíjate qué bien sale todo. Ilumina el interior.

Lanzó una furiosa imprecación. En el cofre no había dinero alguno. Nada más que una pequeña libreta verde, y algunas cuartillas cogidas con un clip.

—Ni gorda... ¿Ese es el cofre que iba a rebosar de millones? —se quejó Bob, indignado.

—No importa. Nos quedaremos con esta documentación, y pagará caro para recuperarla.

—¿Y qué documentación es ésta?

—La lista de sus clientes, con las direcciones y teléfonos. El viejo echará las muelas.

—¿De qué servirá esta lista? No vamos a poner una sombrerería, y hacerle la competencia, digo yo.

—Pero siempre jeringa.

—¿Tienes el mensaje?

—Hombre; es la pieza fundamental creadora de angustia.

Y rio Fred, satisfecho. Después de muchas discusiones con Bob, habían sustituido el texto de «Los Vengadores al acecho» por otra más eficaz.

«A cada cerdo le llega su San Martín. Las pagarás todas juntas».

Colocó la cartulina con las letras recortadas de revistas en el centro del compartimento y se dispuso a cerrar.

—Alto, chico —ordenó Bob, nuevamente en su calidad de jefe—. Hay un fallo lastimoso, que no has previsto.

—¿Cuál, si es que puede saberse?

—Elemental. Si no llego a darme cuenta, vas listo.

Y Bob Marin hizo rodar los engranajes de letras metálicas.

—Si llegas a cerrar, hubiesen quedado las letras de la clave a la vista. ¿Qué demostraba? Que solamente un conocedor de la clave podía haber efectuado el atraco. ¡Andando!

—Alto. Lección por lección. No llevas guantes. ¿Qué pasa? ¿Somos cretinos o qué?

Limpió Fred concienzudamente las huellas dejadas por Bob.

Salieron a la calle sin el menor contratiempo. Fred cerró la puerta. Rezongó Bob:

—Parecemos dos burgueses contables, saliendo de hacer horas extras para una familia numerosa.

En el coche hicieron inventario del botín. Se repartieron los ciento sesenta francos. Fred conservó la libreta y las cuartillas.

—Ya te dije que todo estaba previsto, Bob.

—Menos que dentro de la caja no había ni gorda. Y no hemos corrido ningún peligro. ¿Dónde está la emoción? Ha sido como si birlases en el bolso de tu hermana. En fin, vamos a pensar en algo más sólido, más agresivo.

Tendió el frasco de whisky. Hacía fresco. Bebieron a intervalos muy seguidos, intercambiando opiniones sobre la futilidad de la existencia.

Hasta que decidió Bob:

—Vamos al Mogador.

—¿A jugar al fútbolín?

—Ya verás, ya verás... Déjame a mí las riendas. Lo vamos a pasar fenómeno.

Para salir de la fila, Bob asestó varios golpes a unos

parachoques, pisó el acelerador y se lanzó en plena dirección prohibida.

Una camioneta de reparto lácteo, que giraba una esquina, efectuó varios zigzags. Y al lograr detenerse, el chófer vociferó insultos de toda clase, mientras Bob y Fred se alejaban, riendo estrepitosamente.

En el barrio de Grenelle, el «Buick» quedó apartado bajo la oscuridad de una amplia acera.

Por las callejuelas sombrías se deslizaban siluetas inquietantes. Pero Bob y Fred sentíanse repletos de euforia alcohólica.

Se internaron por la confluencia de callejuelas de Javel ribereñas del Sena, y comentó Fred:

—Cualquiera diría que este barrio de mala muerte está tan cercano al elegante Bois de Boulogne. Basta pasar el puente y cambia el decorado. Curioso, ¿eh?

Se detuvieron ante el Mogador, cuyo cartel fluorescente estaba apagado.

—¿Cerrada esta pocilga a horas tan tempranas? Pero eso es tomarnos el pelo.

—Vamos a enseñarles modales a esta gentuza.

Aplicó Bob varias patadas a la cortina metálica. El candado que hacía funciones de cerrojo, ya oxidado, cedió, abriéndose.

Los dos amigos alzaron la cortina metálica, empujaron la puerta de cristal y pasaron al interior. Encendió Fred su linterna. Y Bob fue a encender la luz del fondo.

Las máquinas se alineaban henchidas de monedas de medio franco. Bob y Fred se colocaron ante dos miniboleras. Pidió Bob:

—Dame una de cincuenta.

—No llevo nada de calderilla.

Rabioso, Bob asestó un puntapié en la máquina cuyo depósito emitió el ruido de piezas metálicas entrechocando. Rio, complacido.

—Están forradas de plata estad tragaperras. Vas a ver..

Tomando impulso, aplicó un recio taconazo al lado del pequeño marco metálico. La portezuela se abrió al descerrajarse las bisagras.

Un níágara de monedas plateadas rebotó por el suelo, esparciéndose en todas direcciones.

—¡Premio para los campeones! —bramó Bob.

Imitado por Fred, empezaron a recoger monedas, repartiéndolas por sus bolsillos.

A lo lejos, fue aullando la sirena de un coche patrullero.

—¡Retirada! —ordenó Bob.

Corrieron a la puerta, emprendiendo una veloz carrera.

Tintineaban sus bolsillos. Parándose en un oscuro zaguán, resolló Fred. Y comentó, divertido:

—Parecíamos dos mulos con cascabeles, tú.

Examinando los contornos, indagó Bob:

—¿Dónde está el bólido?

—Me parece que es por allá, a la izquierda. A menos que...

Rasgaban la noche varios toques de silbato. Reemprendieron la fuga. Un silbato resonó muy cercano. Aceleraron la carrera.

Los dos fugitivos conocían los angustiosos complejos de los delincuentes perseguidos.

A la cuarta esquina, en plena quietud silenciosa, se pararon a recobrar el aliento. Fue Fred el primero en rendirse a la evidencia:

—Esto es el colmo. Nos hemos perdido. Estamos extraviados, sin brújula, desorientados... En pleno París. Tu cacharro me parece tan lejano e inaccesible como un islote del Pacífico.

Siguieron dando vueltas, disipada la euforia del alcohol.

Cuando apareció la fachada iluminada de un bar con cortinas rojas, se reanimó Fred:

—Oye, tengo el estómago revuelto. Vamos a tomar un «Alka-Seltzer» con coca cola.

Empujando la puerta, entraron en un local acogedor y tibio. Un largo mostrador dividía la sala en dos mitades. En una mesa, cuatro individuos morenos, de crespo cabello, jugaban en silencio a las cartas.

En los altos taburetes del mostrador estaban instaladas cuatro mujeres, carnosas, de cabello muy negro, tres de ellas. Fumaban en silencio, cruzadas las piernas, acodadas aburridamente y distanciadas.

El barman acudía. Debía rondar los cien kilos musculosos. Se detuvo ante la mesa tras la cual se habían sentado Fred y Bob.

—¿Qué va a ser, jóvenes?

El acento era indiscutiblemente marroquí. Argelino o tunecino.

—Un *scotch* con soda —encargó Bob con autoridad.

Los ojillos del tunecino miraron con fijeza a Fred, que dijo:

—Lo mismo.

Sentíase nervioso. Tenía la impresión de que todo el mundo estaba acechándole. Sacó el pañuelo para secarse el sudor, y una lluvia de monedas de cincuenta rodó por el suelo.

Alguien dijo:

—Han roto sus huchas, los niños.

De las cuatro mujeres, una era rubia. Había abandonado su sitio al fondo del mostrador, y se aproximaba, los puños en las

caderas. Su abrigo parecía de visón.

De su muñeca pendía un bolso de mallas doradas.

Era Mado, la seducida y abandonada. La mujer que ellos dos habían intentado atracar en el Bois vecino.

Fred se agarró a la mesa. Bob se levantó, como impulsado por un resorte. Iniciaron ambos una discreta retirada hacia la puerta.

Gritó la rubia:

—¡No les dejéis salir! ¡Son los gamberros que me robaron mis ahorros en el Bois!

Se abalanzaron hacia la puerta, pero dos norteafricanos rientes impedían la salida, esgrimiendo cuchillos.

Mado vociferaba:

—¡Hay una Justicia! Y vais a devolverme mis ahorros. Si no os haré picadillo...

Se apoderó de una piqueta para partir hielo que el patrón acababa de dejar sobre el mostrador, al alcance de la mano.

Mado trazó en el aire unos escalofriantes molinetes.

Retrocedían Bob y Fred, pero unos empujones les obligaron a avanzar en contra de su voluntad.

—¡Vacíad vuestros bolsillos, y aprisa!

—Hay que ver qué mala baba... Después que nosotros... — empezó a protestar Fred.

La piqueta se aproximó mucho. A cada lado, los cuchillos se acercaban.

Fred y Bob empezaron a vaciar sus bolsillos, de los cuales fueron cayendo cascadas de monedas, ante la extrañeza de los concurrentes.

Tiraron los billetes, procedentes de la caja de la sombrerería.

Mado estaba a gatas, recogiendo el botín.

Uno de los norteafricanos dijo:

—Habría que dejarles una marca bien grabada a estos bandidos.

En un sobresalto de energías, Fred Laurent extrajo su revólver pitillera y, encañonando a diestro y siniestro, gritó agudamente:

—¡Todos quietos, o me cargo al que se mueva!

Logró el efecto de la primera sorpresa.

La puerta quedó libre.

Retrocedieron y, saliendo, emprendieron la carrera a pie más larga de toda su corta existencia.

CAPÍTULO IX

De buen humor, Régis Laurent llegó a la sombrerería. Hacia las dos y media, su cuñado Gerard le había telefoneado para anunciarle que la inhumación se había desarrollado sin tropiezos.

Penetró en la tienda, saludó cordialmente a Sandra y preguntó:

—¿Hay novedad?

La respuesta de Sandra fue de una concisión notable:

—Han robado el contenido de la caja-registradora, y dos señores le aguardan.

La sonrisa de Laurent se trocó en mueca inquieta.

—¿Cómo dice?

Sandra se limitó a repetir su frase, sin modificar una sola palabra.

—¿La caja-registradora? ¿Dos señores? ¿Dónde están?

—En su despacho, señor.

—Bien, bien. ¿Qué diablos es este asunto de la registradora?

—Anoche, cuando me fui, quedaban ciento sesenta francos. Esta mañana, al llegar, encontré el cajón vacío.

—¿Hubo fractura?

—No. La puerta estaba cerrada, como de costumbre.

Ningún rastro de violencia.

—Bien, bien. Ya veremos luego, Después de todo, ciento sesenta francos no es un potosí ¿Quiénes son esos dos señores que esperan?

—No dijeron sus nombres, pero...

Sandra batió las pestañas, que tenía largas y tupidas. Sabía abanicarlas con un arte consumado.

—Conozco a uno de ellos. Es un «cliente».

Ahora fue Laurent el que batió las pestañas. La presencia en la tienda de un miembro del garito era anormal.

Ningún contacto permitía, en principio, establecer relación alguna entre las dos actividades de Laurent. Pero, puesto que el cliente aguardaba, iba a verlo, y el misterio quedaría rápidamente esclarecido.

Entró. Y perdió todo su aplomo, al reconocer, sentados uno frente al otro, en la misma actitud aburrida, al político Marcel Valmont y a su hijo Nic.

—Señores...

Los dos Valmont se levantaron y, de no haber sido por su propia

turbación, Laurent habría podido notar el aire asombrado del político.

Marcel Valmont emitió una larga espiración silbante, mientras sus mejillas coloradas pasaban a un tinte violáceo Saludó:

—Señor...

Nicolás Valmont, inconsciente del drama interior común a los dos mayores, sonrió amablemente a Laurent.

Laurent contorneó su mesa y, sentándose, invitó a sus visitantes a que le imitasen.

Convencido de que el político estaba más fastidiado que él mismo, preguntó jovialmente:

—¿Qué les trae aquí, señores?

Marcel Valmont se aclaró la garganta, y habló con voz habituada a discursos.

—Me presento; Marcel Valmont. Creo que ya conoce a mi hijo.

—En efecto. Le conocí en circunstancias... bastante curiosas. Además, mi sobrina Chantal me ha hablado de él con frecuencia.

Añadió pérfidamente, dirigiéndose al padre:

—Por otra parte, usted y yo nos conocemos ya. ¿No fuimos presentados en...?

—¡Sí, exacto! Ya recuerdo. En un cóctel literario.

—Eso es. Un cóctel literario.

—Efectivamente. Bueno... Mi hijo me ha contado el incidente del cual fue víctima la pasada semana, y me ha pedido que viniese con él para explicarle todo el asunto. En pocas palabras, se trata de una aventurera que...

Laurent escuchó atentamente la interpretación personal que Nic Valmont había dado a su padre de la carta anónima y de la casa de las afueras de París.

La explicación forjada por el joven era ingeniosa, y si Laurent no hubiese conocido todos los resortes secretos del asunto, habría quedado convencido.

Admiró la imaginación de Nic. Un joven que prometía en la carrera política.

—Mi hijo le ruega que le disculpe, y está dispuesto a que sus relaciones con su sobrina Chantal se conviertan en pura y simplemente amistosas.

—¡Ey, papá! —protestó Nic—. Eso no es lo que yo...

—¿Me permites hablar a mí, si o no?

Laurent admiró la sequedad del tono paternal, y la docilidad del hijo. Lamentó haber comprometido, por exceso de bondad, la educación de sus sobrinos.

Tal vez alguna torta de vez en cuando habría amansado algo al rebelde Fred... Ahora, ya era tarde.

El político reanudaba:

—Debo confesarle, señor Laurent, que mi hijo tenía la intención de pedirle permiso para formalizar un noviazgo con su sobrina.

—Oye, papá, no es que tenía, sino que... tengo...

—Cuando hablo yo, te callas. Ignoro, señor Laurent lo que usted piensa de tal proyecto, pero me parece que no lo encuentra deseable. Tenga usted la amabilidad de manifestarle usted mismo que este noviazgo es imposible.

—¡Ey, papá, yo...!

—¡Silencio! —atronó el padre.

Su mirada se hizo elocuente, y Laurent no tuvo la menor dificultad en realizar la traducción:

«Hasta ahora, ignorando su doble vida, yo no veía nada en contra de este noviazgo. Pero al saberle organizador de una timba clandestina —y de actividades conexas poco morales— ya no es posible enfocar una boda entre su sobrina y mi hijo.»

Regis Laurent supo también aclarar con su mirada.

«Señor, no permitiré que mi sobrina penetre en la familia de un jugador y vicioso, lo bastante hipócrita para dar al mundo electoral la imagen de una vida ejemplar. Estamos, por consiguiente, plenamente de acuerdo.»

La ojeada atónita de Nic Valmont expresaba:

«Ay, caray, viejo, yo tenía confianza en ti. Me habías prometido, esta misma mañana que intercederías ante Laurent para arreglar mi noviazgo con Chantal. Y ahora, de pronto, te cambias de casaca, me quitas la palabra, y lo echas todo a perder ¿Qué pasa aquí?»

El tribuno alzó el índice, girando la cabeza hacia su hijo:

—Escucha atentamente lo que va a decirte el señor Laurent.

A Laurent le hubiese gustado, personalmente, por el simple placer de fastidiar al diputado, fingir que aprobaba el noviazgo. Pero consideraba que Chantal era aún demasiado niña. Y que aquello era un capricho pasajero.

Habló con solemne lentitud.

—Su padre habla con realismo, Joven. Este noviazgo es

imposible. Por una razón sencillísima: mi sobrina ya está prometida.

—¿Prometida? —baló Nic, asombrado.

—Prometida con un muchacho al cual adora. Supongo que esta explicación le basta.

Muy pálido, Nic se levantó.

—Les ruego me permitan retirarme.

Abandonó el despacho, con paso de autómeta.

Dejando frente a frente a los dos mayores.

Laurent encendió un brasileiro, mientras Marcel Valmont tocaba el piano sobre los brazos del sillón.

El silencio se espesaba, formando entre los dos hombres una muralla.

Que rompió por fin Valmont:

—Es formidable... Nunca habría sospechado que usted, un honorable comerciante, dirigiese un antro ilegal.

—Y yo nunca hubiese creído que un hombre, diputado conservador, casado y padre de familia, fuera capaz de encanallarse.

—¡Señor! ¡Retire inmediatamente lo que acaba de decir!

Guiñó Laurent un ojo:

—Lo que acabo de decir no puede retirarse. Es rubia, se llama Melia, y sus medidas son 98-56-95.

—¿Dónde... dónde quiere ir a parar?

—Yo, a ningún sitio. Usted, tal vez. Porque si la señora Valmont lo supiera, le causaría pena, estoy seguro. Y si un periódico explotase este secreto, ¿atisba las consecuencias?

Alzó Valmont la barbilla agresivamente.

—¡Usted es un chantajista, señor!

Laurent tuvo una desagradable sensación, producida por un reciente y mal recuerdo. Sacudió la cabeza en negativa.

—No lo soy. Detesto el chantaje en todas sus formas. Lo considero una cobardía, un delito sin clase, sin hombría. Le propongo simplemente un trato. Su silencio contra el mío.

—Cuenta con ello. Le doy mi palabra de honor. Es usted un hombre de mundo.

—Y usted, otro.

El sombrerero acompañó a su visitante hasta la salida.

Sandra vino al despacho para preguntar con cierta ansiedad:

—¿Nada grave?

—En absoluto. ¿Por qué?

—El joven parecía trastornado. Murmuraba: «Voy a hablarle, tendrá ella que explicarme...» Estaba raro. Compró un sombrero

verde.

—¿Cómo dijo? ¿Qué iba a hablar con mi sobrina? ¡Condenado testarudo!

Descolgó el teléfono marcando su propio número.

Oyó la voz de Norma y preguntó:

—¿Está aquí?

—¿Quién?

—El chico ese. Nic Valmont.

—¿El novio de Chantal? Acaba de llegar. Ha subido a hablar con ella en su habitación. Pero ¿por qué tú quie...?

Colgando, Regis Laurent salió a toda prisa.

En el vestíbulo de su casa, al colgar su sombrero, le sorprendió la cantidad de sombreros colgados. Tres.

Ninguno de ellos le pertenecía.

Embestía hacia la escalera cuando en lo alto del rellano aparecieron Norma y el médico de la familia, maletín en mano.

Se coaguló la sangre de Laurent.

Asiéndose a la barandilla exclamó con voz ahogada:

—¿Ella...? ¿La ha salvado, doctor?

Las blancas cejas del médico se unieron en diagonal en su amplia frente.

—¿Cuál ella?

—¡Chantal!

—Que yo sepa, Chantal se porta estupendamente. Goza de una salud propia de su edad.

Laurent sintió que su sangre volvía a ser fluida y lanzó un enorme suspiro de alivio.

Por consiguiente, Chantal no había intentado suicidarse como pensó en un principio.

Era Nic Valmont el suicida, y eso le tenía sin cuidado. Preguntó:

—¿Qué pasa entonces? ¿Quién está enfermo?

Norma tomó la palabra, en tono apaciguador:

—Es Fred. Nada grave. Atrapó una ictericia. Está amarillo como un plátano.

—Ictericia banal —aclaró el doctor bajando la escalera y yendo a recoger uno de los tres sombreros desconocidos—. Debió recibir alguna fuerte emoción. O tal vez se esfuerza demasiado en los estudios nocturnos. Tres semanas de reposo. Régimen lacteado.

* * *

Tras un minuto de titubeo, Laurent empujó la puerta,

irrumpiendo en la habitación de Chantal.

Su mirada registró en una fracción de segundo los elementos de la escena.

Chantal, jersey rojo, falda negra, flotantes los cabellos, sentada en el brazal del sillón, acariciaba los cabellos de Nic que en el sillón ostentaba una sonrisa beatífica.

Estalló Laurent:

—¡Jovencito! Creí haber puesto bien claros los puntos sobre las íes. Me hará el favor de salir pitando.

—Pero, tío Regis —murmuró Chantal, radiante la expresión—, ¿por qué le dijiste que yo estaba prometida? Sabes que no es verdad, y que nada más quiero a Nic, le quiero a él. Solamente a él.

Bajo el justo reproche, dicho tan suavemente, flaqueó la voluntad de Laurent. Pero recordó el trato hecho con Valmont.

—¡Te ruego que te calles, niña! Te prohíbo ver más a este muchacho, eso es todo. Es un intrigante, un embustero, un cuentista.

Nic Valmont, sombrío repentinamente, se levantó.

—Si no fuera usted el tío de Chantal...

—Pero lo soy. ¿Qué pasa, joven?

—Pasa que quiero a Chantal y nos casaremos. Yo no soy un embustero.

—¿Que no es un embustero, dice? —clamó Laurent, levantando los brazos al cielo—. ¡No es un embustero! ¿Y esa historieta china de la amiga celosa que le atrajo a una celada? ¿Es acaso la verdad, eh? Usted le hizo creer a mi sobrina que se fue inmediatamente de Vitry, ¿no? Cuando precisamente Melia me dijo...

—¿Cómo sabe usted su nombre? —atajó serenamente, Nic.

Chantal admiraba la escena, repartiendo, ecuánime, su admiración entre su tío y su novio. Nic se portaba como un héroe. Los dos estaban sublimes.

Pero ¿qué pasaba? ¿Por qué el rostro de tío Régis se volvía yesoso? Estaba murmurando, receloso:

—Sé su nombre... eso es, porque usted me lo dijo, rediez.

—Falso. Nunca he pronunciado ese nombre delante de nadie. Y empiezo a ver claro, Laurent. Empiezo a preguntarme si...

Laurent, petrificado, esperaba la continuación. Se había delatado.

—Me estoy preguntando —decía Nic, pensativo—, y creo comprender ahora... Usted cree que su sobrina es una niña, que sigue siendo una niña... Sé lo que he de hacer, señor. Hasta pronto.

Salió apresuradamente de la habitación. Laurent corrió detrás.

—¡Oiga, Nic, un momento, chaval! ¡No piense majaderías! Espere, demonios.

Nic Valmont ya estaba abajo cogía un sombrero abría y desaparecía.

Laurent llegó a la acera con un segundo de retraso.

El «Jaguar» roncaba, embalado en tromba.

En el vestíbulo, aguardaba Norma, inquieta:

—¿Qué sucede, Regis? ¿Esos gritos...?

—No es nada, querida, no es nada. Tengo que telefonear.

Fue a su habitación, marcando un número al teléfono.

—Oiga, ¿Melia? El chico de la otra noche va seguramente a visitarte.

—No conoce mi dirección particular.

—La conseguirá como sea. Intentará sonsacarte. Recuerda tú que el silencio y la discreción son la base de una vida tranquila y de los buenos negocios, ¿no es así?

—No pase cuidado. Soy una tumba, señor Víctor.

Más tranquilizado, colgó Laurent.

Decidió ir a ver a Fred. Lo encontró en cama, muy amarillento, con las córneas color limón.

—¿Qué pasa, chico?

—Pues ya lo ves. Pillé una ictericia asquerosa.

—¿Dónde? ¿En el Instituto?

—¿Yo qué sé? Según el médico, esto viene del hígado.

—Pero tu hígado es tierno... Y no bebes alcohol que yo sepa. Bueno, cuídate. Y ten presente que, si alguna vez te abronco, es por tu bien. Me fastidia verte enfermo, hombre.

A solas, Fred Laurent meditó en el mensaje que había dejado en el cofre-fuerte, referente a que siempre les llegaba el San Martín a los marranos.

Empezaba a creer que les pasaba también lo mismo a los gamberros.

CAPÍTULO X

Al volante de su «Jaguar», Nic Valmont, rabioso, embestía hacia Vitry-sur-Seine, donde encontraría la confirmación de sus sospechas. La rubia y voluptuosa Melia.

El cerco que apretaba sus sienes lo atribuyó primero a jaqueca. Hasta que comprendió que era el sombrero. Un capricho. Un tirolés de un hermoso color verde.

Se lo quitó, colocándolo en el asiento a su lado.

Y entonces se dio cuenta de que, en su salida precipitada del domicilio de Laurent, había cogido del perchero un cubrecabezas que no era el suyo.

En la tienda de Laurent había comprado un tirolés verde, y ahora se encontraba en posesión de uno gris verdoso. Se lo devolvería a Laurent, apenas lo viera. Y sería muy pronto.

Echó pestes contra el mundo entero. En primer lugar, contra su padre, Tal cambio de casaca era increíble, hasta en un político.

Marcel Valmont, que le había garantizado su apoyo se había transformado en un traidor, después de dos minutos de conversación con Laurent.

En cuanto a Laurent, no encontraba palabras con que calificarlo. Solamente una: cerdo. Aquel cerdo manipulaba la mentira como otros la cuchara.

Sorprendido en pleno delito de embuste, no se había desconcertado, y había seguido jugando su papel de hombre honrado. Lo imperdonable era que hubiese dicho que Chantal tenía otro novio.

Chantal. Que precisamente le había jurado a Nic que lo esperaría, aunque fueran precisos diez años. Nic había remachado:

—Y si tu tío se pone majadero, nos escapamos y asunto concluido. Nos vamos a Venecia, por ejemplo.

Volvía a meditar en el traicionero Laurent. Se había delatado al pronunciar el nombre de Melia. ¿Cómo conocía ese nombre, si no conocía a la chica? Y si la conocía, esto demostraba implícitamente la maquinación.

Era Laurent el que había atraído a Nic a Vitry, con aquella maldita cartita:

«Nic Valmont:

» Te he visto en casa de unos amigos y no he parado hasta tener tu dirección. Si quieres conocerme, ven a las nueve y media a mi casa, número 2, avenida Omano, Vitry-sur-Seine.

» A las nueve y media de la noche. Estoy segura de que no lo lamentarás. Tengo veinte años, discoteca, bar, y dicen que soy bastante bonita.

» Te espero.»

No había firma, claro, pero al recibo de un mensaje similar, todo individuo del sexo varonil, normalmente constituido, habría acudido a la cita.

El gusto por la aventura es común a todos los hombres. Estuviesen o no enamorados de la chica ideal, como lo era Chantal Laurent.

Al mismo tiempo que le enviaba esta cita, el cerdo de Laurent hacía llegar otra a su sobrina, igualmente anónima, redactada más o menos en los términos clásicos:

«Chantal:

» Tu novio te engaña. Acude a tal hora, tal sitio, etc.»

Y el muy caradura tuvo el valor de llevar a Chantal al sitio de la cita. Y tuvo la increíble desfachatez de hacerse el escandalizado ante él. Ante el inocente Nic.

El viento silbaba en las orejas de Nic que, pisando a fondo el acelerador, bordeaba la ribera del Sena, plácido y primaveral. Unos botes planos, indolentes, se deslizaban por el agua, con parejas de enamorados.

Venecía a diez minutos de París.

Lanzó Nic una imprecación, esquivando por pelos a un melencuado motorista. Cerdo. Todos eran unos cerdos.

Pero él haría resplandecer la verdad, y llenaría de confusión al condenado tío Regis ante Chantal. Era sencillo.

Iba a encontrar a la rubia Melia y, por las buenas o las malas, la llevaría a París para confrontarla con su cómplice. Ya vería, ya. Obligado a confesar su vileza, se vería también obligado a no poner ya más obstáculos al noviazgo.

El «Jaguar» se detuvo ante la entrada de la casa aislada que Nic reconoció al instante. Impaciente, tocó el claxon varias veces.

Nadie acudía.

Pensó, con retraso, que Regis Laurent podía haber telefoneado a su cómplice, la rubia Melia, para recomendarle que no abriese a

nadie.

Inspeccionó el lugar. La casa, perdida en medio del vasto jardín, estaba aislada. Sus persianas, cerradas.

Le acometió a Nic una sospecha siniestra. Laurent, para evitar indiscreciones, tal vez había liquidado a Melia.

Nic Valmont tomó una decisión.

Todo antes que la incertidumbre.

Para disimular sus facciones, cogió el sombrero desconocido y se lo encasquetó. Era demasiado pequeño. Como si su legítimo propietario tuviera una cabeza microcéfala o fuese un clavo.

Indudablemente, había un espesor de papel en la badana, como casi siempre, cuando un sombrero es nuevo.

Dio vuelta a la badana y, en efecto, encontró dos hojas de papel. Alargadas, en dobleces, para adaptarse al interior de la badana.

Iba a tirarlas, cuando se dio cuenta de que llevaban algo escrito. Intrigado, fue desdoblándolas, y echó un vistazo. Aquello era muy misterioso.

Se guardó las dos hojas, preguntándose por última vez si no sería mejor que diera media vuelta y se alease. Pero su deseo de venganza era más fuerte.

Bajó del coche y, a pasos lentos, dio la vuelta a la finca. Nadie en el horizonte.

Ayudándose con un montón de basura olvidada al pie de la tapia, hizo una contracción hacia arriba, cabalgó el murete, y saltó al jardín.

Desde la carretera, no podían verle.

Pulsó el llamador en la puerta de la casa. Tres largos timbrazos, que repercutieron al interior, sin despertar otro eco que el suyo propio.

Decidido a acabar, y después de convencerse de que la puerta estaba cerrada y que no lograría hundirla deambuló a lo largo de la fachada, inspeccionando las ventanas, una tras otra.

Lanzó una exclamación triunfal. Una de las ventanas posteriores no tenía persiana.

Cogió un terrón, lanzándolo contra un cristal. La mota de tierra se desmenuzó ridículamente, y el cristal permaneció intacto.

Buscó con la mirada algo útil, y apercibió, apoyada al tronco de un arbusto, una pala.

Una hermosa pala, bien afilada de canto.

Fue a cogerla, y para ello notó que sus pies se hundían un poco en un recuadro de tierra recientemente removida.

Pala en mano, fue a romper el cristal, y poco después lograba

abrir la falleba. La ventana se abrió. Titubeó un instante y saltó dentro.

Salió de la casa como había entrado.

La cólera había cedido lugar a un nuevo sentimiento. Algo muy parecido al miedo.

En su lenta exploración de la casa, había descubierto unas instalaciones que no dejaban lugar a dudas sobre lo que allí dentro se hacía clandestinamente.

La casa servía de sala de juegos, de casino disimulado.

En cuanto a la rubia Melia, nada dejaba traslucir que ella hubiese vivido allí. Ni ninguna otra mujer.

El problema se complicaba.

Se detuvo bajo la ventana para encender un cigarrillo.

La cerilla describió en el aire una trayectoria que le hizo caer en pleno centro del recuadro de tierra donde poco antes Nic había dejado la huella impresa de sus pies.

Un recuadro de tierra recientemente removida con pala, en el centro de un jardín inculto, resultaba extraño.

¿Y si allí debajo había algún secreto enterrado? ¿O... algún cadáver?

¡Eso era! ¡El cadáver de Melia!

Tiró el cigarrillo, y empuñó la pala. El acero se hundía fácilmente en el suelo. Hacía buen tiempo. El tiempo ideal para obras de jardinería.

Sudoroso, pero tremante de excitación, Nic Valmont, en el apacible jardín de una casa de las afueras, proseguía su lento trabajo de sepulturero a la inversa.

Al lado del foso ya profundo se amontonaba la tierra expulsada de la hoya.

La pala resultaba ya muy pesada a las manos del joven estudiante, pero proseguía su tarea con obstinación.

Finalmente, apareció algo que tenía el aspecto de un pedazo de tela Príncipe de Gales.

Galvanizado, Nic empleó la pala con mayor ardor.

Bajo el tejido apareció una mano crispada.

—¡Lo que pensaba! La mató, el muy cerdo. ¡Pobre Melia!

Bajó a la fosa, y con sus manos acabó de despejar la tierra en torno al cuerpo. Atrajo el cadáver, creyendo sería el de la rubia Melia.

Asombrado, dilató los ojos, viendo aquel rostro lívido, terroso, de labios escarlata, rasgados en rictus, y sobre todo el cráneo, el horrendo cráneo.

Un cráneo de pesadilla.

Una atrocidad de cráneo, con aquel cuadrante horario repujado en hueco, grabado a fondo.

El borroso cuadrante en el cual Nic Valmont creyó leer la hora de su locura.

Balbuceó:

—La una. Las trece. Las trece en el cadáver. La una en punto.

Vidriosa la mirada, pastosa la boca, con náuseas, temblando, salió de la fosa, atravesó el jardín, se ayudó en un arbusto plantado al pie de la tapia para alcanzar el borde...

Todo como en una película de terror.

Sentado en el coche, solamente sabía repetir una misma letanía.

—Las trece en el cadáver... El cadáver de las trece..

CAPÍTULO XI

Regis Laurent había decidido terminar de una vez por todas con su doble vida. Las ganancias ya habían sido suficientes.

En el despacho de la tienda, tras honda meditación, comprendió que la única solución era anunciarle a Norma que había pensado en retirarse.

¿Cómo justificaría el dinero del Banco suizo? La buena y crédula Norma se alegraría mucho, cuando le dijera que le había tocado la lotería.

Fue a pulsar el resalte del marco, y el teniente Buonaparte viró. Introdujo Laurent la llave y abrió el cofre.

Primero pestañeó, creyendo que su vista flaqueaba. Ahí dentro no estaba su libreta, con las anotaciones de ingresos monetarios. Tampoco estaba la lista de miembros del casino.

Cogió con mano trémula el único papel que contenía el cofre.

Leyó en voz alta:

—«A cada cerdo le llega su San Martín. Las pagarás todas juntas».

Poco después, sentado, repetía con la mirada extraviada:

—A cada cerdo le llega su San Martín. Las pagarás todas juntas... A cada cerdo...

Dio un puñetazo en la mesa. ¿Qué misterio tan grotesco era aquél? Desaparecían ciento sesenta miserables francos de la registradora, y el cofre fuerte contenía un mensaje incomprensible.

Llamaron en la puerta y entró Sandra.

Laurent la miró distraídamente casi sin verla.

Ella parecía perpleja, molesta, enferma, pero Laurent no se dio cuenta.

—¿Qué desea, Sandra?

—Perdí mi último comprobante de salario. Deseo que me haga un duplicado para el Seguro Social.

—Bien.

Pensando en el misterioso mensaje del cofre, abrió un cajón, cogió el libro de salarios y desprendió una hoja.

Atravesando una esquina, escribió en letras mayúsculas: **DUPLICADO** y sobre la línea de puntos destinada a este uso, inscribió el primer nombre: Sandra.

Con el bolígrafo en alto, dijo:

—Perdóneme, pero nunca recuerdo su apellido.

—Es, sin embargo, fácil. Ledrol.

—Claro, claro. O sea que señorita Sandra Ledrol, número 190, avenida de los Lauriers, distrito 19. Veamos, ¿cuánto percibió el mes pasado exactamente?

—Dos mil doscientos menos el seis por ciento, más la prima de transportes.

Acabó de rellenar la hojilla y la tendió. Sandra Ledrol abandonó el despacho en silencio.

El teléfono repicaba. Lo cogió Laurent, anunciando con voz cansada:

—Sombrerería Laurent. Al habla Laurent. Dígame...

—Oye, muchacho. Al aparato Gerard. Me he procurado una muestra de la escritura de todas las muchachas empleadas. Ninguna concuerda con la de la carta que encontraste en la cartera de Ledrol. Estamos metidos en un lí ...

Laurent tragó, de pronto, saliva.

Con mucha dificultad.

Al otro extremo del cable, su cuñado se ponía nervioso, al no recibir respuesta alguna. Insistía:

—¿Me oyes o no me oyes? Te estoy diciendo que...

—¡Sí! Te oigo. Escúchame tú ahora. Ya sé quién escribió aquella carta de amor... Pasaré a verte a las siete. Tengo malas noticias. Muy malas noticias.

Colgó.

Ledrol. El Cráneo se llamaba Ledrol. Didier Ledrol.

Exactamente el mismo apellido de Sandra. Un apellido del cual nunca se había podido acordar Laurent. Y en cambio, ahora...

Repicó el teléfono.

Exasperado, casi bramó Laurent:

—¿Quién es? ¡Dígame!

En el auricular aún tibio reconoció la voz de Nic Valmont. El joven hablaba con voz estridente:

—Son las trece en el cadáver, Regis Laurent. ¿Me oye bien? El cadáver de las trece.

Regis Laurent boqueó en busca de aire.

Se sentía cada vez más cansado. Pensaba con fastidio que, si era preciso matar a todas las personas que intentasen hacerle chantaje, el jardín de Vitry se transformaría pronto en una necrópolis.

Nic Valmont estaba diciéndole:

—Lo sé todo. Ya sé que es usted quien urdió toda la trama de la cual fui víctima. Lo hizo en complicidad con Melia, para que su

sobrina me rechazase. Sé también que la casa de Vitry está trucada del sótano al desván, y que organiza allí juegos clandestinos. Sé que ha liquidado a uno de sus cómplices, el hombre con señales horarias en el cráneo, y que lo ha enterrado en el jardín.

Regis Laurent empezó a poder respirar con normalidad.

Proseguía Nic:

—Y ahora, si sigue negándose a permitir que yo me case con Chantal, se lo explico todo a la policía. Tanto más, cuanto que poseo ciertas listas de nombres que valen mucho, y que encontré en su sombrero.

Esto hizo desbordar la copa.

Laurent empezó a mesarse los cabellos.

Preguntó aturullado:

—¿En qué sombrero?

—Al salir de su casa me equivoqué de sombrero. Cogí su tirolés de castor gris y en la badana estaban las listas.

¿Sombrero de castor gris? ¿Cuál? Laurent no recordaba ningún sombrero de castor gris, con excepción del... del que se llevó el Cráneo.

Y ahora, al adivinar lo que había sucedido, notó que le ardía aún más el seso. ¿Cómo era posible que aquellas listas, encerradas en su cofre, pudieran haber estado en posesión del Cráneo?

Preguntó ávidamente:

—¿Esas listas mecanografiadas, van acompañadas de una libreta de tapas verdes?

—Ninguna libreta, ni verde ni malva. Y las listas son manuscritas.

—Bien, bien, bien...

Comprendía tardíamente el fatal olvido. La noche del crimen, cuando encontró al Cráneo de visita en la sala, el Cráneo estaba desnudo.

Después del crimen, no pensó ni un instante en el sombrero que había quedado colgado del perchero en la casa, hasta la visita de Nic Valmont.

Y en la badana del sombrero, el Cráneo había escondido el material del chantaje, el cual le había sido suministrado por Sandra.

Todo encajaba, todo encadenaba.

Eso no daba la solución del cofre vacío, pero complicaba una situación que realmente no necesitaba más complicaciones.

—¿Qué hizo usted con el... bueno... con aquel cuerpo?

—Lo desenterré, pero lo dejé en su fosa.

—Muy bien, hijo. Yo... no comprendo ni palabra de esa truculenta historia de timba y cadáver, ni tampoco de esas listas misteriosas, pero quisiera verle a usted lo antes posible. ¿Qué le parece si nos vemos en mi despacho, ahora, por ejemplo?

—Nanay.

—¿Cómo que nanay?

—Más claro, no me fío de usted, amigo. Ya le sé capaz de todo. Me callaré si deja ya de oponerse a que me case con Chantal.

—Chantal tiene dieciocho años nada más.

—Yo tengo veinte. Dos edades estupendas para casarse, por si la atómica súper. O sea que está clara la cosa.

—Pero esto es un chantaje, amiguito. ¿No le da vergüenza? Jamás mi sobrina se casará con un chantajista, ¿me oye bien? ¡Nunca! O sea que cese de amenazarme, tráigame esos papeles, no diga nada a nadie, y entonces quizá enfocaremos cordialmente la posibilidad de un matrimonio entre Chantal y usted. ¿De acuerdo?

El auricular emitió una risa feroz, sarcástica.

Y la voz de Nic Valmont era autoritaria:

—Oído al parche, Laurent. Va usted a coger una hoja de su papel de carta, con membrete comercial, un bolígrafo y se pone a escribir lo que voy a dictarle. ¿Estamos?

—Estoy. Pero creo que su actitud es...

—¡Cállese! ¿Tiene ya el bolígrafo listo?

—Sí.

—Voy a dictar. Bajo el membrete, escriba su nombre y la dirección particular. Villa Joliette, Saint Cloud. ¿Ya?

—Ya.

—Bien. Encabezamiento. Mi querido Nic.

Rechinando los dientes, Laurent fue escribiendo al dictado:

—Mi querido Nic. Es con gran placer que he recibido su petición. Me complace y enorgullece que desee usted casarse con mi sobrina Chantal, y es de todo corazón...

—De todo corazón —rezongó Laurent, furioso.

—Ve todo corazón que le concedo su mano, consciente del honor que usted hace a mi modesta familia. Punto.

—Punto. ¿Se acabó, no es así?

—Todavía no. Aguarde. Añada... Le quiero mucho, mi estimado Nic.

—...Mi estimado Nic.

—Y estoy seguro de que Chantal será muy feliz con usted. Le abrazo.

—Le abrazo.

—Firme.

—Firmado.

—Con rúbrica.

—Hecho.

—Coloque la carta en un sobre.

—Hecho.

—Escriba la dirección: Nicolás Valmont, 65, calle de Issy, París-16. Pegue un sello.

—¡No tengo sellos!

—No importa. Vaya a comprar uno en la expendeduría de la calle Petit-Champ, y eche la carta en el buzón de la esquina. Estoy al acecho. No haga lo que le digo, y está perdido. Ahora mismo.

—Ahora mismo.

—Apenas reciba la carta, le enviaré las listas que poseo. Y me callaré. Pero cuidado, nada de trampas hasta el mismísimo día de la boda, o va usted listo, Calixto...

—¡Me llamo Regis, gandul! ¡Delincuente precoz! ¡Hijo de pilotocastro, politicastro...! Suerte que me agunto...

—Aguántese, tartaja. Y mucho cuidado. Hasta pronto, tío Regis. Le besó afectuosamente en la frente.

Laurent colgó, miró la carta que acababa de escribir y firmar, y murmuró:

—Este chaval es listo como el diablo.

Fue a comprar el sello y a echar la carta al buzón: Nuevamente en su despacho, marcó número hasta que por fin logró conectar con el diputado Marcel Valmont.

—Discúlpeme, Valmont, pero es a propósito de su hijo.

—Esté tranquilo, Laurent, ya le garanticé que no rondará más a su sobrina. Si es preciso, lo mando inmediatamente a Londres, a Eton.

—Hombre, es inútil exiliar a ese pobre muchacho.

—Pero, hombre, si yo lo que pretendo es lo mismo que usted.

—Es que precisamente ahora ya no me interesa. Seamos sensibles, Valmont. Si esos chavales se quieren, ¿para qué interponernos? No estamos en el siglo de Enrique IV. Dejemos que se casen, es mucho más agradable. Estoy convencido de que ambos serán felices.

—Pero... oiga, oiga... ¡Maldita sea! Creí, sin embargo, haberle dicho bien claramente que no quería ver a mi hijo emparentado con usted... ¡Ni lo sueñe!

—Es lamentable, y soy sincero al decirle que es en contra de mi voluntad, pero dele rápidamente la autorización a su hijo. No lo

olvide, señor diputado. No mencionaremos para nada a Melia...

—Cállese, por favor, que no estoy solo... Bien, ya que es así, hay que ser positivos. Accedo.

—Gracias.

Colgando, Regis Laurent se frotó las manos.

Todo estaba arreglado.

Pero cuando la puerta se abrió, estaba ya tan acostumbrado en las últimas jornadas, a las malas sorpresas, que temió una nueva complicación.

No se equivocaba.

Sandra, con su modesto vestido gris oscuro, avanzaba rectamente hacia él.

Sus ojos lanzaban chispas.

Con el puño golpeó tan fuerte sobre la mesa, que una pila de papeles voló.

Y Sandra, dura la voz, preguntó:

—¿Dónde está mi marido? ¿Qué has hecho de mí marido?

¿Un marido? ¿El Cráneo había sido el marido legítimo de Sandra?

La pobre podía, en tal caso, encargarse el vestido de luto.

Regis Laurent frunció el ceño y dijo en tono autoritario:

—Pero ¿qué modales son éstos? ¿Qué maneras son éstas de entrar sin llamar? ¿Es que no ve que estoy ocupadísimo? ¿Y qué es esa historia del marido? Usted no está casada, que yo sepa.

En ágil escorzo, Sandra Ledrol se sentó en una esquina de la mesa, descubriendo con su movimiento una buena porción de pierna.

Pero no eran sus intenciones turbar a su patrón en este sentido.

Inclinándose hacia él, agarró con sus finos deditos el nudo de la corbata de seda de Laurent.

—Mi marido, sí, mi marido. Lo conoces muy bien. Es calvo y pálido. Ha salido de la cárcel y no ha vuelto a mi lado, desde anoche, en que fue a visitarte. ¿Dónde está?

CAPÍTULO XII

Logró Laurent salvar su corbata.

—¡Ah, vaya ¿Conque ese joven tan simpático... es su marido? Primera noticia. Me había explicado pocas cosas de su vida, y nunca me hubiese yo supuesto que era su marido. Enhorabuena, es un hombre encantador.

—Es un bribón, pero quiero saber lo que le ha pasado. Estoy segura de que lo sabes...

—Mi querida niña...

—¡Y un cuerno! Nada de toques de violín. Tengo veintiocho años, y tú me llevas solamente siete.

—Será por eso, que, de pronto, me tutea.

—Te tuteo porque sospecho algo poco limpio. Yo le di a Didier los elementos necesarios para que te hiciese un chantaje. Tenía intención de extirparte de cien a ciento cincuenta mil, y largarse. No le he vuelto a ver. ¡Teníamos que repartir!

Regis Laurent juntó las yemas de los dedos, y adoptó un aspecto sentencioso.

—Señora Ledrol, lamento participarte que, desde este mismo instante, no forma ya parte de mi personal.

—Ahora cántame otra más bonita. ¡Se acabaron las comedias, Laurent! Sé muchas, demasiadas cosas. Tienes interés en contestarme con toda sinceridad. O sí no llamo a la policía.

—¿Chantaje, en? ¡Me horripila el chantaje!

—Cállate, granuja. Y dime lo que hiciste de Didier. Me consta que no le has liquidado, porque eres incapaz de tal hombrada.

Al principio casi le halagó a Laurent que, aunque vulgarmente, aquella mujer afirmase que no era un asesino.

Reflexionando un poco, empezó a sentirse casi ofendido. ¿Que no era capaz él de hombradas?

Se contuvo a punto. Era inútil darle otro motivo de chantaje a aquella aventurera.

—Bien, bien, bien... O sea que ha sido usted la que informó a ese individuo. Mis felicitaciones. ¿Puedo saber por qué? ¿No era feliz entre nosotros, en nuestra gran familia?

Ante aquellas palabras, y contra toda esperanza, observó Laurent, asombradísimo, la nueva reacción de Sandra Ledrol.

Se echó a llorar.

Y entre sollozos, explicó:

—Todo... todo fue por Gerard.

—¿Gerard? Pero ¿qué tiene que ver mi cuñado ahora? ¿Qué le ha hecho Gerard?

—¡Me abandonó, me dejó hace apenas una semana! —gimió ella.

Germinó un repentino furor en Laurent contra su cuñado, al cual mil veces le había repetido: «no mezcles los negocios con la diversión, nada de líos con las componentes de nuestro personal».

Por consiguiente, el lío secreto que tenía Gerard, y cuyo nombre nunca quiso decir, era Sandra.

Sandra, con la cual había roto después de las múltiples reprensiones fraternales que le había hecho él mismo.

Sandra, la cual, abandonada, ya no tuvo más que una idea: vengarse.

Sandra, cuyo marido-cráneo recién salido de presidio, venía dispuesto a ganar dinero con un buen chantaje.

Todo se acoplaba a la perfección.

—Vamos, vamos, pequeña. Me consta que mi cuñado está muy apenado por esta ruptura.

—Menos cuento... Hablemos de Didier.

Ahora tenía que inventar algo para la viuda.

—Didier exigía demasiado. Le hice comprender que no debía esperar ningún dinero de mi parte. Me amenazó, exactamente como lo ha hecho usted antes. Y por ello tuve que... apartarle provisionalmente. No, no tema por su vida. Está encerrado en un sótano, en el campo. El aire es muy sano.

—Yo no tenía nada contra ti. Era a Gerard al que quería perjudicar.

—Pues nos perjudicó a los dos, muchacha. Pero ya que lamenta su acto...

Se interrumpió.

Sandra Ledrol acababa de exhibir un revólver, que hasta entonces había ocultado a su espalda.

Lo encañonaba hacia las cejas de Laurent.

—¡Ey, ey! ¡Cuidado con esos trastos!

—Y yo que te lo he explicado todo... Me debiste tomar por tonta, ¿eh? Empezaba a creer en tus buenas palabras, yo. Pero se acabó. Ya no me engañarás con tus palabras afectuosas, bandido. ¡Levanta las manos o te transformo en espumadera!

—Tranquila, tranquila, muchacha...

—¡Cállate, sinvergüenza! Estuve a punto de creerte. Pero me

acuerdo de lo que me dijo Didier, antes de ir a visitarte. «Sí no he vuelto dentro de cuatro horas, es que me habrá cepillado». Lo mataste, y voy a matarte, asesino.

—Medita, Sandra, medita, no te dejes llevar por las apariencias. Ya te he dicho que Didier está en un sótano.

Sandra se ponía cada vez más nerviosa, y Laurent temía que pulsase el gatillo, en una súbita crispación.

Habló ella ferozmente:

—Escúchame bien. No me separo ya de ti ni un paso. Vamos a ir inmediatamente a liberar a Didier, Y si me has mentido, te liquido. Ahora, no te muevas o disparo.

Cogía ella el teléfono. Fue marcando números, sin dejar de encañonarle. Preguntó a Laurent:

—¿Dónde está encerrado Didier?

—En Vitry. En el sótano.

Ella terminó de girar el cuadrante y dijo:

—¿Eres tú, Chirlo? Hola, aquí Belita. Óyeme bien. Voy a buscar al Pelado con Filtro Fino. Pero tengo miedo que me esté preparando una trampa. Por lo tanto, si no me ves llegar a las nueve de la noche, vienes a todo gas con el Melenas a Vitry-sur-Seine. Ya sabes la dirección exacta.

Colgó, complacida.

—Ahora, tú vas a llamar a Gerard y le das cita en Vitry para dentro de una hora. Me alegraré mucho poder decirle lo que pienso de él.

Cogió ella el auricular. Laurent se limitó a decir:

—¿Está Gerard? ¿No ha llegado todavía? Apenas llegue díganle que es urgente que vaya dentro de una hora a Vitry. Ya sabe dónde.

Salió de la tienda en compañía de Sandra, que parecía una enamorada, asida de su brazo. Pero dentro del bolso que se apoyaba en su costado, estaba el revólver.

En el coche, se instaló ella en el asiento de atrás. Su revólver acariciaba de vez en cuando la nuca de Laurent.

Al llegar ante la casa, ordenó:

—Baja. Y con cuidado. Abres la verja y camina siempre sin volverte.

Laurent abrió la verja, y penetraron en el jardín.

El cañón del revólver se hincó entre los omoplatos de Laurent.

—Llévame recto al sótano. Y cuando haya liberado a Didier, nos explicaremos. ¡Aprisa!

Subieron los peldaños de la entrada principal.

Laurent creía oír los campases de una marcha fúnebre.

Apenas estuvieran en el sótano, Sandra se daría cuenta de que había mentido.

Un sótano era el sitio ideal para las ejecuciones sumarias.

Aminoró el paso.

A su espalda, empujó el cañón.

—¡Vamos, que me pongo nerviosa!

La puerta del sótano estaba cerrada con un candado enmohecido, que no había funcionado desde años.

Le costó mucho trabajo a Laurent abrir.

Empujó la puerta.

Una vaharada de moho le hizo fruncir el olfato.

Sandra, tras él, gritó:

—¡Asesino! ¡Si Didier ha muerto, ya verás? ¡Baja!

Bajó Laurent.

El sótano, con excepción de muchas telas de araña y de un vetusto amontonamiento de polvo, estaba deshabitado.

Regis Laurent intentó el último recurso. Fingirse sorprendido.

—¡Vaya! ¡Ya no está! Se ha fugado... No comprendo...

—Yo sí comprendo —dijo la voz glacial de Sandra Ledrol—. Jugaste fuerte Víctor, y has perdido. Ahora te toca pagar.

En la penumbra, alzó el revólver y disparó.

* * *

Le dolía mucho el hombro derecho. No podía mover el cuerpo. Era como si estuviese preso en un ataúd.

Abrió un ojo.

La sonrisa de Norma revelaba un intenso éxtasis.

—Amor mío... Qué asustada estaba... Aunque él médico asegura que estás fuera de todo peligro.

Debía estar soñando. Aquella era su habitación. Estaba en su cama, con el brazo derecho en cabestrillo.

Pero mareado. Y lo que oía aumentaba su mareo.

—Estuviste valiente al plantarle cara a aquella mujer que te acusaba a ti de haberla separado de Gerard. Fuiste un héroe, Regís, al guardar silencio. Pero Gerard te quiere mucho y no podía soportar que fueses tú a sufrir daño alguno. No creo que le salga mucha condena, ya que, en realidad, Gerard se defendió. Estaba presente un inspector, que te acompañó. Llegaron cuando Sandra te disparaba. Luego ella dirigió el arma hacia Gerard, y el policía tuvo que disparar, en legítima defensa.

—¿El policía... el policía? ¿qué pintaba allí, Norma?

—Gerard confesó la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que, al salir de presidio, Didier Ledrol quiso hacerte pagar dinero para callar lo que sabía de Gerard y Sandra. Vino Gerard, le golpeó a Didier con tu reloj en la cabeza, y se llevó a Didier, con intención de entregarlo a la policía, por chantajista. Pero en el camino, Didier quiso matar a Gerard, y éste, en legítima defensa, disparó con la propia arma de Didier.

Regis Laurent creía seguir soñando. Debía ser el mareo.

Proseguía Norma:

—Al principio, Gerard pensó que iba a pasar unos años en la cárcel, si hablaba y contaba la verdad. Enterró a Didier en una casa de Vitry-sur-Seine, que era la que le servía para sus entrevistas pecaminosas... En fin, pobre Gerard... Tan alocado siempre. Decidió que lo mejor era contarle la verdad a la policía.

Sacudió Laurent la cabeza. Dijo:

—Trae mi ropa, mujer.

—¿Tu ropa? El médico ha dicho que no te has de levantar hasta dentro de unos días.

—He dicho mi ropa. No estoy dispuesto a que Gerard pague culpas ajenas. Yo fui el que le pegué con el reloj a Didier.

—Vamos, vamos, tranquilízate. Está bien que quieras sacrificarte por tu cuñado, ya que os queréis como hermanos, pero has de pensar en mí, en las criaturas... Ah... Gerard dejó esta carta para ti.

Era un sobre lacrado. Rasgó, impaciente, con la zurda los lacres. Leyó:

«Hermano, al grano. He trabajado con tres camiones de transporte para dejar limpia de toda huella de juego la casa. Vi que se iban a complicar las cosas. Tu telefonazo, Sandra, todo demostraba que la cosa iba a terminar mal. La culpa ha sido mía. Y fui yo quien le pegó el tiro a Didier. Un abogado defensor hablará de celos, chantaje, crimen pasional, etcétera. Un par o tres de años. Tú cuidarás de Nelly. Ya saldré. Viviremos normalmente. Nada de tonterías. ¿Qué ventaja habría en que los dos estuviéramos tras las rejas? Basta con uno. Harías lo mismo, en un caso así. Ya sabes... Cuida de toda la patulea. Un abrazo.

«Gerard».

Regis Laurent fue denegando en silencio.

Dijo, por fin:

—No es justo. No es justo. Yo sería el último de los canallas, si permitiese que Gerard... Escucha, Norma, has de saber...

Sonrió ella extrañamente.

—No has de decirme nada, Regis. Reposa. La convalecencia te hará comprender que tiene razón Gerard.

Ya cerca de la puerta, volvió ella la cabeza.

—Los lacres los puse yo, amor mío.

A solas, Regis Laurent decidió que su deber era ir a la comisaría. Llamaban a la puerta.

Entró Fred.

Menos amarillento, con un raro aspecto de docilidad, casi de respeto.

—Hola, jefe. Eres el héroe de la casa. Sí, sí... Parecía increíble que fueras tan romántico. ¡Mira que exponerte a morir para salvar al tío Gerard! Oye, he decidido hacerte caso. Estudiaré a fondo, verás.

Pretendió Laurent cruzarse de brazos. Gimió. Se había olvidado del brazo derecho amarrado. Del hombro con vendaje y apósito.

Añadía Fred, admirado:

—Figuras en los periódicos como un valiente, dispuesto a todos los sacrificios por la amistad hacia tu cuñado. Bueno... Se me olvidaba... Llegó un sobre. Con un anónimo dentro, envolviendo una libreta de tapa verde y unas listas. El sobre estaba mal pegado. El anónimo dice que la persona que te dejó un mensaje dentro del cofre se arrepintió. Bueno... Ahí está todo. Me voy a estudiar.

A solas, Regis Laurent prefirió no ahondar demasiado en todas aquellas repentinas novedades.

Algo era cierto. Él debía cuidar de la familia Laurent.

Y dar ejemplo.

En vez de sombreros vendería algo más productivo. Electrodomésticos.

FIN



AVISO

Dada la excepcional acogida dispensada
ininterrumpidamente al más genial de
los autores populares

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en ofrecer a sus miles de
lectores una nueva colección de

ESTEFANIA

el más leído y admirado autor de novelas
del Oeste, cuyo nombre ha llegado a
identificarse con el género que cultiva y
a ser sinónimo de acción directa, de estilo
trepidante, de amenidad, cualidades que
han hecho de él un maestro de la literatura
de acción

En la nueva colección

CENTAURO

el lector hallará las obras que han hecho
de Estefanía un clásico del Western



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España